

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2.º quint.º

MADRID
20 de Enero de 1887.

Año VIII.—Núm. 2



SAFO (Escultura de D. Elías Martín.)

SUMARIO

GRABADOS: Safo (escultura de D. Elías Martín).—D. Juan Laurent y Miscoer.—Estado: Unidos de América: vista de la ciudad de Boston.—Noche de invierno.—Zaragoza: Riberas del Ebro.—Vista general del Alcázar de Toledo, antes del incendio.—Bellas Artes: El Rapto (cuadro de D. Francisco Pradilla).—Burgos: Vista del Monasterio de las Huelgas.—La fuente Castalia.—La cima del monte Parnaso.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Safo (escultura de D. Elías Martín).—D. Juan Laurent y Miscoer.—Estados Unidos de América: vista de la ciudad de Boston.—Noche de invierno.—Zaragoza: Riberas del Ebro.—El Rapto (copia de un cuadro de Pradilla).—Vista general del Alcázar de Toledo.—El Monasterio de las Huelgas en Burgos.—El monte Parnaso y la Fuente Castalia.—Al recién llegado de la aldea (soneto), por D. Juan Guillén Buzarán.—Organización y servicios del Batallón de Telégrafos (conclusión), por D. J. G. R.—Los egoístas, arreglo del inglés por A. Ordax (continuación).—Los héroes de Filipinas (fragmentos histórico-militares): el P. Jesuita José Ducos, por D. Pío A. de Pazos.—Amor y llanto (poesía), por D. J. Díaz Macías.—Estudio antropológico: el hombre primitivo, por el Doctor Reinolder.—A un poeta crítico-político, por D. M. Bellido.—Espectáculos, por *Cantaclaro*—Correspondencia con los suscritores.—Anuncios.—Sobre cubierta, por don Eduardo de Palacio.—Charadas.—Solución á las anteriores.—Importante.

CRÓNICA

No es necesario ser sabio para ser concejal ni aun teniente alcalde de cualquier Ayuntamiento.

Tampoco es esto decir que la ciencia sentaría mal á los que logran una vara, porque el cuidado del subsuelo, el emplazamiento de fábricas y cementerios, las adulteraciones de sustancias alimenticias, la conducción de aguas, todo, en fin, hasta la más insignificante cuestión de ornato público, puede ser y es á menudo cuestión de higiene, y, por lo tanto, cuestión de ciencia.

Pero ya que la ciencia parece abrigar el temor de que la traten á varazos, y tiene en las Casas Consistoriales sus rincones de preferencia, como el laboratorio, los arquitectos, los médicos, etc., bueno sería que nuestros ediles considerasen la cuestión de incendios como cuestión, al menos, de conciencia.

Aún recordamos cierta revista del personal y material contra incendios, verificada en el Salón del Prado hace pocos años, siendo alcalde de Madrid el señor marqués de Urquijo.

El Ayuntamiento hizo en aquella ocasión lo que hacen los prestidigitadores para el mejor efecto de sus juegos: colocar fuertes focos de luz entre ellos y el espectador, para que éste vea menos.

Sobre aquella miseria que llamaban material contra incendios, y ante la cual sólo podían pavonearse esos concejales que pierden la cabeza en cuanto un portero de uniforme galoneado se quita la gorra á su paso, arrojó el Ayuntamiento los ardientes rayos del sol á las doce del día de uno de los más rigurosos del verano.

Y el efecto se consiguió fácilmente: la luz fué tan fuerte, que Madrid no quiso ver el material contra incendios.

¡Y qué material!

Los mismos recursos que hace veinte años; ni un solo aparato de los que en estos últimos tiempos ha suministrado la ciencia para la extinción del fuego: todo antiguo, todo escaso, todo pobre; hasta las mangas se dividían en dos clases: las viejas, cien veces recosidas, y las nuevas, cuyas boquillas difícilmente ajustan á las gastadas tuercas de las bocas de riego...

Cualquiera hubiera creído que el Municipio, avergonzado, iba á proceder aquella misma tarde á la creación del servicio contra incendios.

Pero han pasado tres ó cuatro años, y el

incendio de Chamberí ha sido otra revista, en la cual se ha podido ver, á la luz más sinistra y que mejor ilumina, la desidia municipal: que somos impotentes contra el destructor elemento en la mayor parte de los casos.

Pelean los bomberos contra el fuego, poco menos que peleaban los defensores de Zaragoza contra los sitiadores franceses; á pecho descubierto.

Pero consolémonos: el Ayuntamiento ha publicado un bando, y se dispone á partir á Madrid con la gran vía.

¡Como si no hubiera ya bastante con la de Chueca!

¡El alcázar imperial de Toledo!

Aquel monumento gigante, que coronaba las maravillas de la ciudad artística por excelencia, es hoy un montón de ennegrecidos escombros.

Las pinturas de Sans, el salón árabe, cuantos primores y riquezas encerraba aquel grandioso edificio, están reducidos á cenizas.

Toledo se ha visto amenazado de quedarse sin cadetes; es decir, de quedarse sin lo único que ordinariamente le presta animación y vida.

Porque en Toledo no hay más que cadetes y *ciceroni*.

El que no es cadete, es *cicerone*; el que no es *cicerone*, es cadete.

Inútil sería en Toledo pretender evitar ese desencanto, todo voz y todo piés, que se llama el *cicerone*: allí es *cicerone* el médico, y el abogado, y el canónigo, y el espadero, y... ¡hasta el amigo!

Pues bien: amenazada, como decíamos, del abandono de los cadetes, Toledo ha rebuscado, entre el laberinto de sus trabadas construcciones, y ha encontrado edificios *de sobra* para albergar la Academia Militar.

Y si había edificios *de sobra* que destinar á ese objeto, ¿por qué no se pensó antes que los monumentos artísticos deben ser guardados y cuidados como tales monumentos?

No insistimos en esto, porque es poner la cebada al rabo del asno muerto, haciendo falta ponerla en otras partes.

A la muerte del bandido Frasco Antonio ha seguido la de Melgares, cuya identificación con el cadáver encontrado en Cuevas de San Marcos, parece comprobada en los momentos en que escribimos estas líneas.

Sin duda que la mano del actual ministro de la Gobernación no es la mano de la Providencia, única que cae pesadamente sobre esos culpables cuando logran escapar (sólo por espacio de algunos años) á la justicia humana.

Pero el ministro está de enhorabuena.

Y el país, que también lo está, debe bendecir la mano de... la Providencia.

Y también la del ministro.

Bien lo merece la creación del asilo para inválidos del trabajo, que satisface una de las más justas exigencias de la moral social, y que tanto puede mermar las filas de la mendicidad, del vicio y aun del crimen.

Sobre todo si no juegan las recomendaciones, polilla que, en España más que en parte alguna, desquicia los mejores propósitos y los más benéficos institutos.

El Asilo para inválidos del trabajo viene á ser, además, un remedio profiláctico contra los miasmas socialistas que amenazan á los obreros españoles.

Con medidas tan *prácticas* como ésta, estimulando el movimiento y el cultivo agrícolas, como viene haciendo el ministerio de Fomento desde que se celebró el Congreso vinícola y se crearon las nuevas granjas-modelo, sosteniendo las nacientes Cámaras de Comercio y deteniendo la emigración de las provincias del Sur y de Levante á la costa africana, es indudable que se habrá evitado á nuestros obreros el delirio que padecen los de otros países, al par que se habrán centuplicado los veneros de riqueza del suelo patrio.

Bismarck, en su último discurso, ha hablado de las Carolinas.

Y ha dicho cosas tan sensatas, que convencen á cualquiera de que el canciller se equivocó en sus cálculos, lo advirtió á tiempo, volvió sobre sus pasos, etc., etc.

Sin embargo, no falta quien supone que con esa conducta Bismarck ha señalado ya á España el puesto que debe ocupar en el próximo conflicto europeo.

Pero es tan pueril hacer cábalas de este género, que preferimos creer á puño cerrado las palabras de Bismarck.

Creemos, pues, que se equivocó.

Y que sigue equivocándose al decir que la guerra con España hubiera costado mucho á los alemanes.

Porque esto último no le merece gran fe á Bismarck, aunque lo diga.

Y sin embargo es muy cierto, aunque Bismarck no lo dijera.

Continúa la peregrinación de los comisionados de la Sobranje.

De París á Roma, y de Roma, si tienen un momento de lucidez, volverán á su casa.

Andan *pidiendo lumbre de esquina á esquina*, y no encuentran calor en ninguna parte.

Como nada de eso tienen, su derecho está más torcido que una *ese*.

Mal año para el sultán de Turquía, que cuenta cinco huéspedes cuando se mira la mano derecha, y diez huéspedes cuando la cruza con la izquierda.

Ni vive, ni sosiega, ni tira el pañuelo, ni nada.

Sólo piensa en que Inglaterra está irritada y que va á hacer de él un *rosbeaf* el día menos pensado.

No le importa un bledo de los garrotazos con que los italianos amenizan sus elecciones, ni de las dificultades con que se dice que tropiezan los proyectos de los hacendistas españoles, ni en el jubileo próximo á celebrarse en la India inglesa, ni en las fiestas que en honor de la reina Victoria se han de celebrar en Londres, ni en que se ha inventado el compás cónico, que permite trazar *elipses* y *parábolas*...

No piensa más que en lo que pensaría cualquier español de tres por un cuarto.

En que le apuran los ingleses.

A propósito de inventos: también se han inventado las hilas de madera, muy superiores á las de trapo.

Más limpias, más secas... y más *de actualidad*.

Porque ahora está visto que todo pertenece al palo: hasta las hilas.

¡Dios nos la depare buena!

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

SAFO

Escultura de D. Elías Martín.

La fábula ha hecho de Safo una semidiosa, y la poesía ha popularizado su nombre. Ultimamente, la música, mediante el bello é inspirado *spartito* del malogrado maestro Paccini, ha sabido redimir el tipo legendario de la amante de Faon, despojando su carácter de cuantas sombras lo hicieron desmerecer á los ojos de sociedades por demás corrompidas y suspicaces.

La hermosa estatua de D. Elías Martín, que reproduce el grabado de la pág. 17, representa á la décima Musa en actitud reflexiva, sumida en los profundos y tristes pensamientos que la impulsaron á dar más tarde el salto terrible de Léucades.

DON JUAN LAURENT Y MISICER

Prosiguiendo la tarea que nos hemos impuesto de honrar las columnas de esta Revista publicando los retratos de los hombres que más servicios han prestado al país, en sus distintas manifestaciones, corresponde en este número rendir este tributo de homenaje y consideración al Sr. Laurent, de nacionalidad francesa, pero á quien España debe la representación fotográfica de cuantas obras de arte posee en sus ciudades, Museos y palacios, á la par que la propagación en el extranjero de sus bellezas artísticas y arquitectónicas, tan admiradas en ambos mundos.

El nombre del Sr. Laurent aparece al pié de muchos de los grabados que LA ILUSTRACIÓN NACIONAL ha publicado; y su biografía representa una vida de trabajos, cuya enumeración haríamos, si tuviésemos espacio, para poner de relieve los resultados que puede conseguir la laboriosidad, inteligentemente dirigida.

Nació Laurent en Nevers, el año 1816, y se estableció en España el 1845, empezando por montar un taller de encuadernación y la fábrica primera que se conoció entonces de cajas finas para dulces.

Al poco tiempo, cuando el arte de la fotografía se iniciaba, introdujo en Madrid la daguerrotipia, dando á la fotografía el carácter que todavía conserva, con sucesivos perfeccionamientos. Por el establecimiento que Laurent fundó en la Carrera de San Jerónimo desfilaron durante algunos años, cuando se dedicaba casi exclusivamente al retrato, las notabilidades que registra nuestra historia contemporánea en la milicia, la política, las artes y las ciencias.

Hacia el año 1860, rompiendo los estrechos moldes que aprisionaban su actividad y condiciones de artista, y secundado muy inteligentemente por su hijo político D. Alfonso Roswag—continuador de estos trabajos—empezó la reproducción fotográfica de los cuadros notables de nuestros Museos, objetos de arte y monumentos de España y Portugal, venciendo las contrariedades y grandes sacrificios que su proyecto representaba. Esta rica colección, tal vez la más importante que se conoce en Europa, donde se hallan retratadas todas las bellezas que encierran poblaciones como Granada, Toledo, Córdoba, Burgos, Escorial, y otras muchas, le ha valido justa fama dentro y fuera de España.

Sin más auxilios que la iniciativa individual, en veinticinco años de asiduos y penosos trabajos ha formado un archivo nacional, donde se encuentra cuanto puede ofrecer algún interés, bajo el punto de vista arquitectónico, histórico y artístico; y el Gobierno, á semejanza de lo que se hace en otros países amantes de la gloria y esplendor pa-

trio, debe procurar que tan útil como provechosa colección reporte las mayores ventajas posibles.

Los hombres que, como el Sr. Laurent, bajan al sepulcro después de conseguir tan asombrosos resultados de su iniciativa y actividad, bien merecen los plácemes que como amantes del progreso y de las artes nos complacemos en tributarles.

Estados Unidos de América.

VISTA DE LA CIUDAD DE BOSTON

Representa el grabado de la pág. 20, la vista de Boston, una de las ciudades más industriales y ricas de la famosa república norteamericana.

La vista hállase tomada desde la calle de Fremont, cerca de *Chester-Park*, y en ella aparecen las suntuosas manzanas de casas de las calles de Francklin, Washington, Harwley, etc., en las cuales el viajero se detiene extasiado, no sabiendo qué admirar, si el lujo inusitado de aquellas mármoreas fachadas, ó el buen gusto que en ellas domina, impropio, al parecer, de un pueblo tan esencialmente mercantil.

En 1872, Boston fué víctima de un terrible incendio, que redujo á cenizas las principales casas y edificios de la ciudad; pero por consecuencia del carácter emprendedor y activo de sus habitantes, apenas trascurrido un año, desaparecieron los vestigios de la catástrofe, y la ciudad renació de sus escombros hermosa y rejuvenecida.

NOCHE DE INVIERNO

Es una bien pensada, aunque sencilla y modesta composición.

La luna, entre avellonadas nubes, muestra un tanto su lívida faz é ilumina débilmente un triste paisaje de invierno. El camino cruza entre unas viviendas. A la derecha, la rústica y pobre casa de labor, cuya huerta rodea una valla que más sirve para señalar el límite de la propiedad que para defenderla de extrañas invasiones. A la izquierda, el poético molino de viento, á través de cuyas ventanas filtra la luz, como indicando que el hombre no reposa ni aun cuando la naturaleza se envuelve en el blanco sudario del invierno y la oscuridad reemplaza al astró brillante del día.

Zaragoza.

RIBERAS DEL EBRO

Los que conozcan la heroica capital de Aragón, se harán perfectamente cargo del grabado que publicamos en la pág. 21 del presente número. No hemos, por lo tanto, de entrar en ociosas explicaciones.

Para los que no hayan tenido la fortuna de visitar la ciudad insigne que supo dar al mundo el más raro ejemplo de virtudes patrias, diremos que esa vista representa el puente que une la población con el arrabal, y que ha sido el único tendido en aquella parte sobre el caudaloso Ebro hasta que la empresa del ferrocarril construyó el magnífico de hierro que hoy une las líneas de Barcelona y de Madrid.

VISTA GENERAL DEL ALCÁZAR DE TOLEDO

Cuando escribimos estas líneas embárganos aún la tristísima impresión producida en nuestro ánimo por el terrible siniestro que priva á España de uno de sus más hermosos edificios históricos y del más importante de sus establecimientos militares.

El soberbio alcázar de Carlos V; el magnífico monumento restaurado á costa de inmensos sacrificios, que llevaron á cabo generosamente la ciudad de Toledo, de una parte, y de otro todos los batallones del arma de infantería, por excitación del señor marqués de San Román, ya no existe. Muros ennegrecidos; paredones agrietados, ruinas

y desolación; esto queda hoy de aquella espléndida morada que fué orgullo de nuestra juventud militar, porque en su recinto sagrado se nutrió con las máximas del honor y aprendió á estimar hermosísimo y glorioso el sacrificio de una vida deleznable en aras de los intereses y el engrandecimiento de la patria.

No entraremos á detallar aquí la historia del alcázar toledano, ni nos detendremos á enumerar las bellezas que en su seno atesoraba, y que sucesivas generaciones habían ido reuniendo con patriótica solicitud. La prensa diaria se ha extendido ampliamente en esta descripción con motivo del terrible siniestro, y seguramente que ninguno de nuestros favorecedores ha dejado de leer, palpitante de emoción y de sentimiento, noticias y detalles sin cuento que avaloran la importancia de la pérdida. Pasado, pues, el momento oportuno, y sin tiempo material de poder ofrecer nada nuevo, relacionado con el asunto, nos limitamos en estas páginas á insertar una hermosa vista general del regio Alcázar toledano, tal como se hallaba antes de ocurrir el incendio.

Con decir que el dibujo es de Lagarde, bastará para que nuestros lectores sepan que la exactitud y la verdad corren aquí parejas con la elegancia y talento que en todos sus trabajos ha sabido demostrar el insigne artista y queridísimo amigo nuestro, á quien desde aquí enviamos cariñoso saludo,

EL RAPTO

(Copia de un cuadro de Pradilla.)

La escena pasa en la poética Venecia, y en el siglo xv. Graciosa góndola se mece en un canal: cierto joven y apuesto caballero, amante desdeñado acaso, tal vez apasionado y poderoso magnate, que lleva en sus brazos á una hermosa doncella desmayada, aparece en la apuerta del cercano palacio y entra con su preciosa carga en la ligera embarcación, que se apresta á huir por las tranquilas y solitarias aguas del canal.

En este primoroso cuadro todo es bellissimo. Un cielo purísimo, transparente y azul, accesorios y detalles; el fondo formado por vetusto arco, del que arranca, sobresaltado, un tímido bando de palomas; nada hay que no sea admirable, y revela una vez más el genio del autor de *Doña Juana la Loca* y de *La Rendición de Granada*.

EL MONASTERIO DE LAS HUELGAS

en Burgos

Ofrece nuestro grabado de la pág. 28 una exactísima vista del famoso convento de las Huelgas de Burgos, uno de los monasterios de monjas más célebres y reputados por su historia, no sólo en España, sino en todas las naciones cristianas de la vieja Europa.

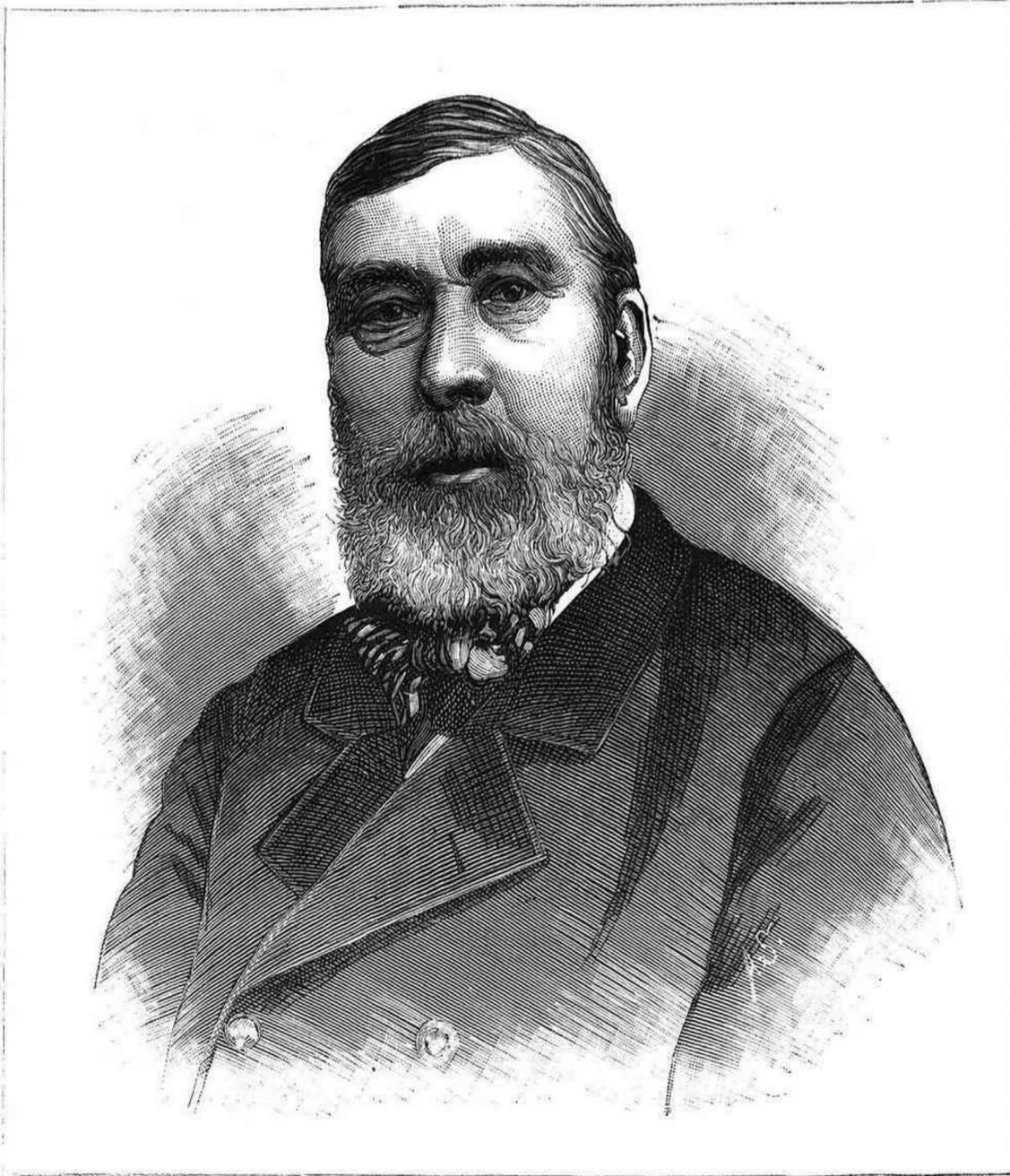
Debe su fundación á la piedad del emperador Alfonso VII; reyes fueron siempre sus protectores, princesas ilustres sus prioras ó abadesas, y hoy, á pesar de los tiempos que corremos, la corona sigue ejerciendo allí su patronato; y Burgos, la antigua capital castellana, se enorgullece y honra al poseer aquella antigua y gloriosa fundación, que le recuerda siempre su pasada época de engrandecimiento y poderío.

El Monte Parnaso y la Fuente Castalia.

(DOS GRABADOS)

El monte Parnaso, llamado hoy Liakura, es una montaña de la Fócida, en Grecia; su altura mide 2.459 metros, y hállase situada al Oeste del Helicon, entre Trachina y Amfisa.

Cerca de Delfos ofrece á la vista las dos elevadísimas cimas de Lykoreia y Titorea, desde la que se descubrían Corinto, los montes Coryicon, las rocas Fedriadas, desde las cuales se precipitaba á los sa-



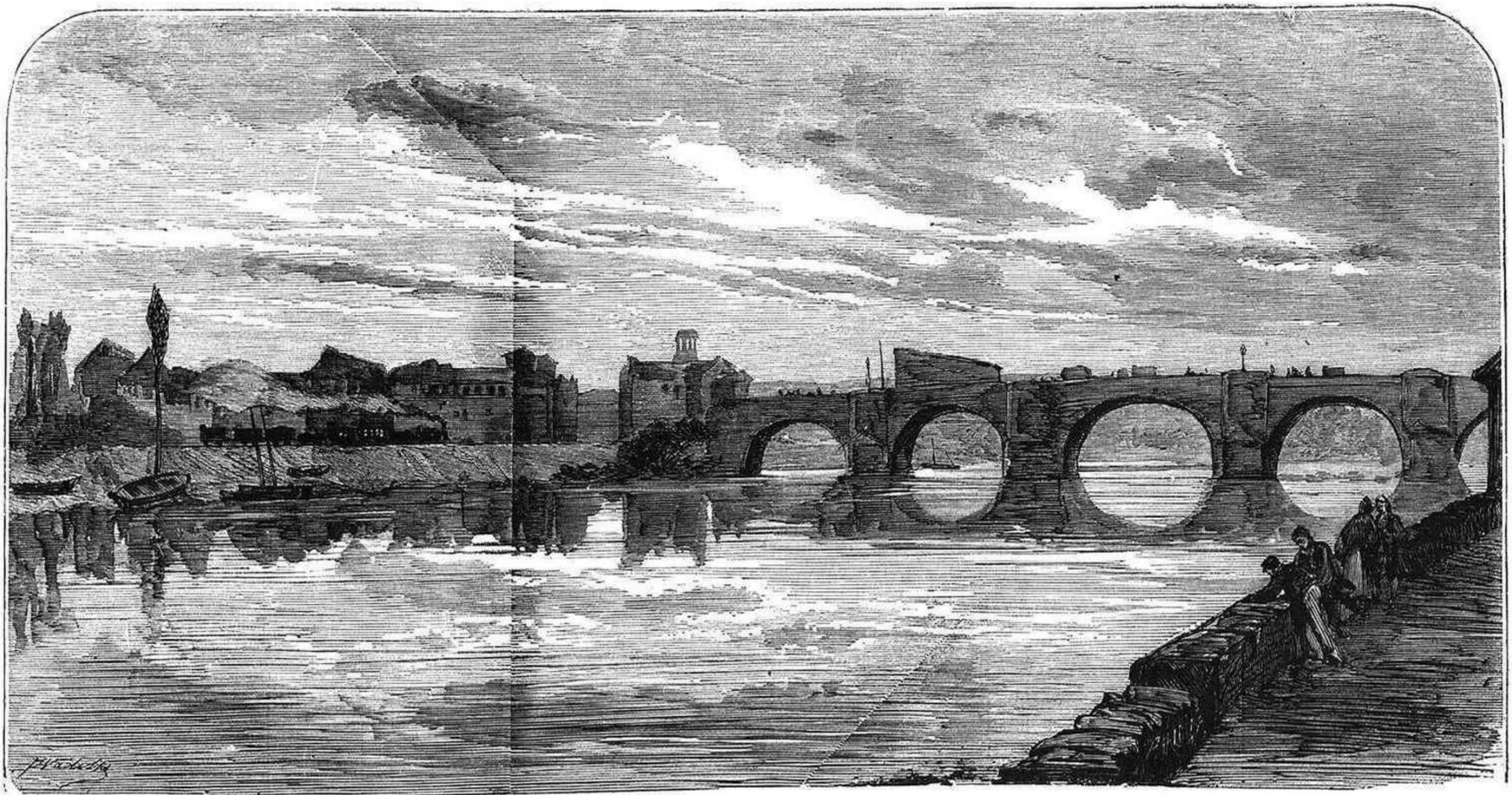
D. JUAN LAURENT Y MISICR, † EN ESTA CORTE



ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.—VISTA DE LA CIUDAD DE BOSTON



NOCHE DE INVIERNO



ZARAGOZA.—RIBERAS DEL EBRO

crilegos, y la famosa fuente Castalia, que, aparte la poesía, no es otra cosa sino una pintoresca caída de aguas, formada por el derretimiento de las nieves y tal como la representa nuestro grabado.

Sabido es que los antiguos poetas hicieron del Parnaso, no sólo el domicilio predilecto de Apolo y las musas hermanas, sino el centro del universo entonces conocido.

AL RECIÉN LLEGADO DE LA ALDEA

SONETO

Más te valiera, como pobre hidalgo,
á la sombra vivir del patrio oficio,
y vegetar, sin otro beneficio
que el terruño feliz y el viejo galgo,
que venirme á buscar, por lo que valgo,
á la corte, dora lo precipicio,
do plegue á Dios! que del error y el vicio
pueda exento salir, si libre salgo.

Torna á la santa paz de tus hogares
¡oh noble soñador! Los ricos senos
suele trocar Madrid en recios mares;
pues los circos y pórticos ajenos
no valen más que los nativos lares,
de mil recuerdos de ventura llenos.

J. GUILLÉN BUZARAN.

Madrid, Abril 1862.

Organización y servicios

del Batallón de Telégrafos.

(Conclusión.)

Antes hemos descrito el material de líneas tendidas ó de cable empleado en nuestro ejército, expresando que la dotación de una «sección telegráfica» es de dos cargas de estación, ocho de conductor y una de repuesto, ó sea un total de 32 kilómetros de línea, cuatro estaciones provisionales y cuatro de avanzadas. La compañía organizada para desempeñar todo el servicio teleográfico que pueda ocurrir en un cuerpo de ejército, se divide en tres secciones, dos como la descrita, y otra que estará dotada de material de líneas aéreas, material que, como ya hemos dicho, está en estudio, y es de suponer que pronto forme parte de la dotación del batallón.

Antes de concluir, y en el artículo presente, permitásenos expresar nuestra pobre opinión acerca del material que creemos debe adoptarse en nuestras secciones de líneas aéreas.

MATERIAL DE LÍNEA.—El pino reúne buenas condiciones para emplearlo como poste; con una pértiga de poco diámetro se consigue resistencia suficiente para colocar los postes á distancias mayores de 60 metros. La pértiga de 0,005 diámetro, y longitud de cuatro metros, pesa 4,40 kilogramos con los herrajes y espiga del aislador, y presenta una resistencia á la rotura de 19,10 kilogramos. El poste de pino de 4,000 longitud y de 0,005 de diámetro, pesa sin herrajes 5,4 kilogramos.

El bambú (1), que tan abundante es en Filipinas y se encuentra también en las Antillas, quizás pudiera suministrar el poste mejor; de conseguirse su aplicación, la distancia entre los apoyos podía hacerse mayor, en atención á que el bambú permitiría aumentar la longitud del poste sin que su peso resultase mayor que el de un poste de pino de bastante menor altura. Una caña de bambú, de longitud 3,000 y con un diámetro en la base de 0,0060 y en el vértice de 0,0040, pesa próximamente de 1,6 kilogramos á 1,8.

En cuanto á los postes de hierro, diremos que

(1) El doctor S. de Capanema, director general de telegrafía civil del Brasil, ha dedicado gran atención al cultivo del bambú, á fin de descubrir la clase que reúne mejores condiciones para servir de poste teleográfico; con este objeto ha hecho plantaciones de todas las conocidas, y dice haber encontrado dos muy buenas: una tiene una caña hermosa de color amarillo de oro, con vetas longitudinales de color verde y muy finas, y otra clase de bambú cuya longitud alcanza 32 metros, refiriendo, como prueba de su resistencia, el haberse hecho con ella una escalera de mano que ha resistido, sin romperse, el peso de muchos hombres; el inconveniente de esta caña es su diámetro, que llega á 0,10 metros.

pueden conseguirse de poco peso y fáciles de transportar, porque se enchufan los trozos que los componen; pero los que tienen estas cualidades son muy poco resistentes, y el enchufe ofrece algunas dificultades en la práctica. Los postes de hierro Siemens, que son sin duda los mejores, tienen demasiado peso para que sean de fácil aplicación en campaña. Inglaterra emplea de estos últimos, de longitud 6,000 y 0,115 de diámetro en la base, y 0,0041 en el vértice, que tienen un peso de 82 kilogramos. En el material teleográfico de Francia figura un poste de hierro compuesto de tres partes que se enchufan para el transporte, y que pesa únicamente 8 kilogramos, siendo su longitud de 5,006 y de diámetro en la base y en el vértice, de 0,003 y 0,0024.

El *aislador* de ebonita, con garganta para la retención del hilo y con caperuza metálica, pesa próximamente 0,28 kilogramos.

HILOS CONDUCTORES.—Las dos cualidades principales que deben poseer los hilos empleados en las líneas aéreas militares, son: la de gran resistencia á la rotura por extensión, y la del poco peso; la conductibilidad del alambre no es de tanta importancia en las líneas de campaña, que son por lo general de poca longitud, como en las líneas permanentes. Así, á pesar de la ventaja del cobre sobre el hierro en conductibilidad, los ejércitos austriaco, dinamarqués, inglés, francés, italiano, suizo y norteamericano usan conductores para las líneas aéreas de campaña de acero y de hierro, bien en forma de alambre sencillo ó en forma de cordón.

Los alambres de hierro de un diámetro de 1,0 ó de 1,08 milímetros, cuyo peso por kilómetro es de 15 y 20 kilogramos, con resistencia á la rotura de 82 y 104 kilogramos, y resistencia eléctrica de 64 y 51 hombres respectivamente, reúnen muy buenas cualidades para su uso en campaña.

Para clavar los postes proponemos el puntero y mazo, y para terrenos blandos una barra de hierro con rosca en su parte inferior, ó sea una barrenadora. Algunos modelos hechos como ensayo han resultado de peso para el mazo 4,0 kilogramos, el puntero 8,03 kilogramos y la barrera 10,40 kilogramos; con los primeros útiles, solo en un minuto se hace un agujero de 0,006 de profundidad suficiente para hincar un poste.

Para ganar mayor altura con los postes en los cruces de caminos, creemos mejor empalmar dos de ellos, que llevar trozos de postes ó postes de menor longitud.

MATERIAL DE ESTACION.—1.º *Aparatos.* El mismo aparato empleado en las secciones de á lomo, puede ser de excelente aplicación en las secciones rodadas. El aparato es ligero y reúne las condiciones de solidez, ligereza, fácil manejo é instalación rápida, y lo creemos, si no superior á todos, por lo menos tan bueno como el mejor de los que usan otros ejércitos. Sin embargo, convenia modificarlo lo preciso para que pudiera trabajar también con corrientes continuas, y hacerlo así de empleo general en todos los servicios que puedan presentarse en campaña.

2.º *Pilas.* La pila Marcé Davy es muy á propósito para la telegrafía de campaña, pues produce una corriente constante y duradera, permaneciendo muchos meses en actividad, si se tiene la precaución de humedecer de vez en cuando la sal mercurial y el aserrín. Por esta ventaja se emplea en la mayor parte de los ejércitos, pero con diversas modificaciones, que tienden á evitar en lo posible la vasija de cristal y el vaso poroso. Los inconvenientes de ser esta pila muy costosa y de que su uso exige gran previsión y conocimientos en el personal, hacen preferible y de mejor aplicación la pila Daniell.

TRANSPORTE DEL MATERIAL (1). El sistema de

(1) Suecia acaba de adoptar unos carros para el transporte del material teleográfico, en los que se encuentran atendidas todas las condiciones, tanto de ligereza como de solidez y aun de buena apariencia; se les clasifica en carros de estación, carros de porte, carros de conductor, carros de repuesto de material, y carros de herramientas; sus pesos son: 450, 425, 425, 450, y 425 kilogramos vacíos; y cargados, 1.070, 995, 975, 1.055 y 1.075 kilogramos. Ancho de todos ellos, 1m,10; longitud

llevar cada carro todo el material preciso para un trozo de línea, pudiendo dividirse la sección en partes completamente independientes, y que se basten á sí solas, es, á nuestro entender, el mejor, pues nos parece muy defectuoso llevar por separado en unos carros el conductor, y en otros los postes y los aisladores, método que exige el empleo de todos los carros para cualquier trozo de línea. El carruaje estación debe llevar todos los aparatos necesarios, comprendiendo entre ellos una buena combinación del teléfono con el manipulador Morse, para los casos de tener que trabajar en líneas que estén en malas condiciones de aislamiento. Aunque partimos del principio de que en la telegrafía eléctrica militar todo telegrama debe quedar escrito, y no somos partidarios de la recepción al oído sino en casos excepcionales, hay, sin embargo que prever éstos y hacer factible con el empleo de aparatos sensibles, la comunicación con corrientes que serían muy débiles para aparatos escritores. En la telegrafía militar inglesa preside el criterio de llevar en cada carro todo lo preciso para un trozo de línea, incluso aparatos de estación. El material teleográfico se transporta en cuatro carros tirados por seis caballos; los dos primeros carros contienen el material (hilos, postes y aisladores) para 6 millas (9,55 kilómetros); el tercero 8 millas (12,875 kilómetros), y cada uno de los tres, los aparatos y efectos para montar una estación, y el cuarto, instrumentos para reparaciones, incluyendo una pequeña forja, equipo de campaña para la sección, raciones, etc., etc.

Conocidos los pesos y dimensiones de los postes, aisladores, hilos, etc., etc., se comprende desde luego que el transporte del parque teleográfico no puede ofrecer ninguna dificultad, encontrándose, al contrario, en mejores condiciones que otros materiales de guerra; con pocos carros puede transportarse material para muchos kilómetros. El carro alemán de *material* conduce 200 postes con sus correspondientes aisladores; además, el hilo y útiles de tendido y de recomposición de líneas y la *carretilla de tendido*. El carro de material ruso transporta 18 á 19 vertes (18 ½ á 19 ½ kilómetros) de hilo y útiles para la instalación de los postes, para hacer los empalmes en el hilo etc., y además, cable subacuático. El de postes conduce 154 postes con sus aisladores. El carro de esta clase de los Estados Unidos de América lleva de 300 á 500 postes, los correspondientes aisladores y útiles para trazar y establecer las líneas; es decir, que teniendo en cuenta las dimensiones de los postes que hacen suponer que en Alemania y Rusia se colocarán próximamente 20 por kilómetro, y en los Estados Unidos de América, 20; resulta que el carro alemán conduce postes para ocho kilómetros, el ruso para seis y el de los Estados Unidos para diez kilómetros y medio por lo menos. Redúzcase aún el peso de los carros, y de conseguir llegar á 450 kilogramos (peso del carro sueco) pueden transportarse 1.450 kilogramos de material, que es la cantidad que, sumada con 450, da 1.900 kilogramos que pueden ser arrastrados perfectamente por cuatro mulas.

J. G. R.

LOS EGOÍSTAS

Arregio del inglés por A. Ordax.

(Continuación.)

VII

La Ger pertenecía á una familia cuya nobleza había que ir á buscar demasiado lejos para no perderse en el viaje, lo que había ya acontecido á sus

del carro de postes, 4m,10; de los demás, 3m,05. Diámetro de las ruedas mayores, 1m,07; diámetro de las pequeñas, 0m,8. Como se ve, los carros son ligeros y pequeños, su construcción está perfectamente entendida, notándose en sus menores detalles la inteligencia con que se ha procedido á la creación de este nuevo material de transporte.

El carruaje estación francés pesa 1.370 kilogramos. El carro estación, el carro de material y el de repuesto del parque alemán, pesan 491, 2.019 y 1.175 kilogramos. Los rusos son aún más pesados.

descendientes con harta frecuencia, gracias al juego, á los usureros y á las quiebras. Muerto su marido muy joven y arruinado, la interesante viuda había tenido que vivir en casa de su tía la duquesa Fore, con quien se tiró al poco tiempo los platos á la cara. Y héla ahí ahora al final de su vida, y á pesar de su soberbia nariz aguileña, uncida al carro de la servidumbre de Bun.

Pero aunque éste hubiera sido un conquistador y la Ger, una princesa cautiva, mezclada entre su séquito como uno de tantos accesorios de su cortejo triunfal, no habría sido posible que se levantara más clamoreo que el que Bun producía á propósito de esta adquisición de ama de llaves.

La misma vanidad que le hacía despreciar su propio origen, le instigaba á ponderar el de la Ger, y de la misma manera que se obstinaba en no admitir que su juventud se hubiese marcado por una sola circunstancia agradable, de la misma se complacía en embellecer el pasado de la Ger para venir siempre á concluir en esta reflexión eterna:

—Y sin embargo, ¡vean ustedes en qué ha venido á parar esta pobre señora! Héla aquí por 2.000 francos al año dependiendo del despreciable Bun.

—Señor, observo que tarda usted en almorzar más que de costumbre.

—Espero á Grad. Anoche me brindé á hospedar aquí á la saltimbanqui para que reflexionara aún sobre la inconveniencia de llevarla al lado de su hija.

—¡Prudentísima previsión! exclamó la Ger frunciendo el ceño. Es usted un *segundo padre* para la joven Grad.

—Si hubiera usted dicho para su hermano. Voy á emplearlo en mis oficinas.

—¿Pero no le parece á usted demasiado joven aún, señor?

El «señor» de la Ger era un término de gran ceremonia, destinado más bien á revestirla de un aire marcadamente aristocrático, que á servir de título honorífico á Bun.

—Es que no pienso traerlo en seguida. Antes tiene que hallarse bien repleto de hechos. ¡Cuánto se sorprendería ese muchacho si supiera los poquísimos conocimientos que yo tenía á su edad! (Tom no podía ignorar esto, porque se lo había oído decir mil veces). La prueba es que aún encuentro una dificultad extraordinaria en conversar sobre una multitud de cosas con personas de cierto rango. Ahora mismo, por ejemplo, acabo de hablar á usted de saltimbanquis. Una señora como usted, ¿puede conocer á estos vagabundos? Luego es una conversación impertinente, porque en la época en que yo no tenía ni aun permiso para hacer títeres en la calle, usted frecuentaba el teatro de la Opera.

—En efecto, señor.

Bun no pudo menos de levantarse para contemplar mejor á la aristocrática señora que tanto lustre daba á su casa.

—Y figuraba usted entre las gentes de más noble estirpe, ¿no es verdad?

—¡Verdad, señor! replicó la Ger con una afectación de modestia exactamente contraria á la de Bun, lo que alejaba toda posibilidad de conflicto.

Se anunció la visita del señor y la señorita de Grad. Bun recibió al primero con un apretón de manos, y á la segunda con un beso.

—¿Quiere usted llamar á esa niña? dijo Grad.

Entró Marce, y saludó reverentemente á Bun, á Grad y á Luisa; pero en su turbación olvidó á la Ger. El tempestuoso Bun dijo:

—Niña, esta señora pertenece á una familia ilustre. Por consecuencia, si tuviera usted que volver á entrar en esta casa ó en cualquiera otra habitación donde se halle, respétela como se merece. En cuanto á mí, es distinto; trátame como quiera. He salido de la escoria de la sociedad, y ninguna deferencia necesito ni pido.

—Me parece, observó Grad, que Jupe no es culpable más que de una simple inavertencia.

La Ger insinuó desdeñosamente que no valía la pena hablar más de aquello.

Marce, sollozando, miró á Grad, y éste dijo:

—Jupe, mi hija sabe ya el desenlace desgraciado, pero natural, de su carrera anterior, y es condición expresa de la que va usted á comenzar ahora, que olvide absolutamente su pasado. Creo haber oído decir, añadió en voz baja, que solía usted entretener con lecturas á su padre.

—Sí; leía para papá y *Pata alerta*...

—Bien, dejemos á *Pata-alerta*. Leía usted para su padre...

—Sí, señor... muchos ratos, muchos y los más felices de mi vida, contestó Marce sollozando.

Luisa, que hasta entonces había estado impasible, fijó ahora su vista sobre Marce.

—¿Y qué obras leía usted?

—Cuentos de hadas; la historia del enano...

—¡Basta! interrumpió Grad. Y dirigiéndose á Bun y señalando á Marce, añadió:

—Hé aquí un buen asunto para comprobar las excelencias de nuestro sistema de educación.

—¡Sea! respondió Bun: yo de ningún modo haría eso; pero puesto que usted se empeña, bien, muy bien.

Continuó Grad explorando á Marce; Bun aprovechó esta oportunidad para demostrar á Luisa el interés que le inspiraba su hermano Tom; la Ger se recogió entonces en la sombra de sus formidables cejas, y su rostro clásico tomó tan extrañas expresiones durante su meditación, que se la hubiera podido creer ocúpada en una evocación de las divinidades infernales.

VIII

Tendría Luisa diez años, cuando su padre la sorprendió diciendo á su hermano: *Me admira que...* y oyendo esto, faltó tiempo á Grad para interrumpir:

—¡Luisa, no debe uno admirarse de nada! Esta frase encerraba el secreto del arte mecánico de cultivar la razón sin ocuparse para nada de los sentimientos. Por medio de sumas y restas, quedaba todo arreglado, y no se admiraba uno jamás.

—Me cansa esta vida, Luisa. La detesto á ella y á todo el mundo, excepto á ti, porque sin ti yo no sé lo que haría en esta... cárcel asquerosa.

Tom, que era quien hablaba de este modo, en el salón de estudio, había buscado un momento antes de concluir esta frase, algunas palabras suficientemente expresivas para designar el hogar paterno, y la feliz comparación que acababa de venirle á la boca pareció proporcionar un pasajero alivio á su espíritu sobreexcitado.

—¿Sientes realmente lo que dices, Tom?

—¡Que si lo siento!...

—Te lo pregunto, replicó Luisa mirando á los encendidos tizones de la chimenea, porque á medida que pasa el tiempo, siento cada vez más no poder reconciliarte con este género de vida. Yo no sé nada de lo que saben otras niñas.

—Ni yo tampoco. Mi padre ha querido hacer de mí, un tonto ó un bruto; y como no soy lo primero, me parece que ha conseguido lo último, dijo Tom con una mueca de rabia.

—Somos, en efecto, muy desgraciados! murmuró Luisa, sin cesar de mirar al fuego con extraña fijeza.

—¡Tú no, Luisa! Eres mujer, y una mujer sale siempre de cualquier clase de apuros mejor que un muchacho. Alegras, en fin, hasta este calabozo en donde nos consumimos.

—No consigo, sin embargo, distraerte, porque no he aprendido nada á este objeto; y en cambio se me han enseñado tantas cosas que no echo de menos!

—¡Ah! exclamó Tom: si yo pudiera amontonar todas las cifras y todos sus inventores sobre mil barriles de pólvora, ¡con qué gusto habría yo mismo de prender fuego á la mecha! Pero es igual; cuando éntre en casa de Bun...

—No te hagas ilusiones, Tom; es más duro que papá y muchísimo menos bueno.

—¡Oh! replicó Tom riendo; ya encontraré yo medio de domar á ese viejo.

—¿Qué medio, Tom?

—Cuando yo quiera cualquier cosa, me bastará decir que á ti te agrada, para satisfacer mi capricho.

Tom esperó inútilmente alguna observación á estas palabras.

—¿Duermes, Luisa?

—No, Tom, contestó esta impasible; me entretengo en mirar la la lumbre.

Y sin alzar la vista, como si procurase leer allí la respuesta que reclamaba, añadió:

—¿Te alegraría tanto, en efecto, ir á la casa Bun?

—Aunque no fuera más que por salir de esta... replicó Tom con brusquedad.

—¡Es cierto!

—Pero, niña, no acabo de explicarme tu manía de mirar al fuego. ¿Qué ves ahí? ¿Algún circo acaso?

—Nada; pero contemplando la lumbre, no puedo menos de preguntarme con admiración qué será de nosotros cuando seamos mayores.

—¿De modo que tú *te admiras aún?* dijo Tom riendo.

—Sí, siempre *me estoy admirando de algo*.

—Pues bien, Luisa, interrumpió su madre que había oído, al entrar, las últimas palabras; cese usted de admirarse para siempre; y usted, Tom, ¿cómo fomenta así la admiración de su hermana, olvidando que la está prohibido expresamente admirarse?

Luisa se apresuró á decir:

—No tiene él culpa de mis admiraciones, sino esas chispas que veo brillar un momento, palidecer y extinguirse. Ellas son las que me hacen pensar en que mi vida será corta, y moriré sin haber hecho gran cosa en este mundo.

—Esas son tonterías, exclamó la Grad revisténdose de una energía desacostumbrada. ¡Si la oyera á usted su padre! Después de los cursos matemáticos que ha hecho usted, ¿cómo se atreve á expresarse de esa absurda manera, á propósito de unas chispas y unas cenizas?

IX

Gracias al sistema Grad, Marce pasaba bastantes malos ratos, y no la faltaron deseos de huir. Sólo una consideración la detuvo; pero este freno moral no era el producto de ningún razonamiento aritmético. Muy al contrario; se lo imponía espontáneamente, ó con un cálculo opuesto al gran número de probabilidades en contra que hubiera podido formar el tenedor menos hábil, sobre los datos ciertos del asunto.

La niña creía que su padre no la había abandonado: vivía con la esperanza de volverle á ver y había ido y permanecía en la casa Grad, en la persuasión de que esto agradaría mucho á su padre.

La deplorable ignorancia con que Marce se complacía en este pensamiento consolador, producía en Grad una piadosa sorpresa; pero ¿qué hacer si Marce lloraba en cuanto se la exigía averiguar el coste de 247 sombreros á 1,45 francos cada uno?

—¡Oh, cuánto diera por ser usted! dijo una noche Marce á Luisa, que intentaba hacerla más inteligibles las cuentas que debía desembrollar á la mañana siguiente.

—¿De veras?

—Sí, porque sabría mucho.

—Pues no ganaría usted, sin embargo, gran cosa.

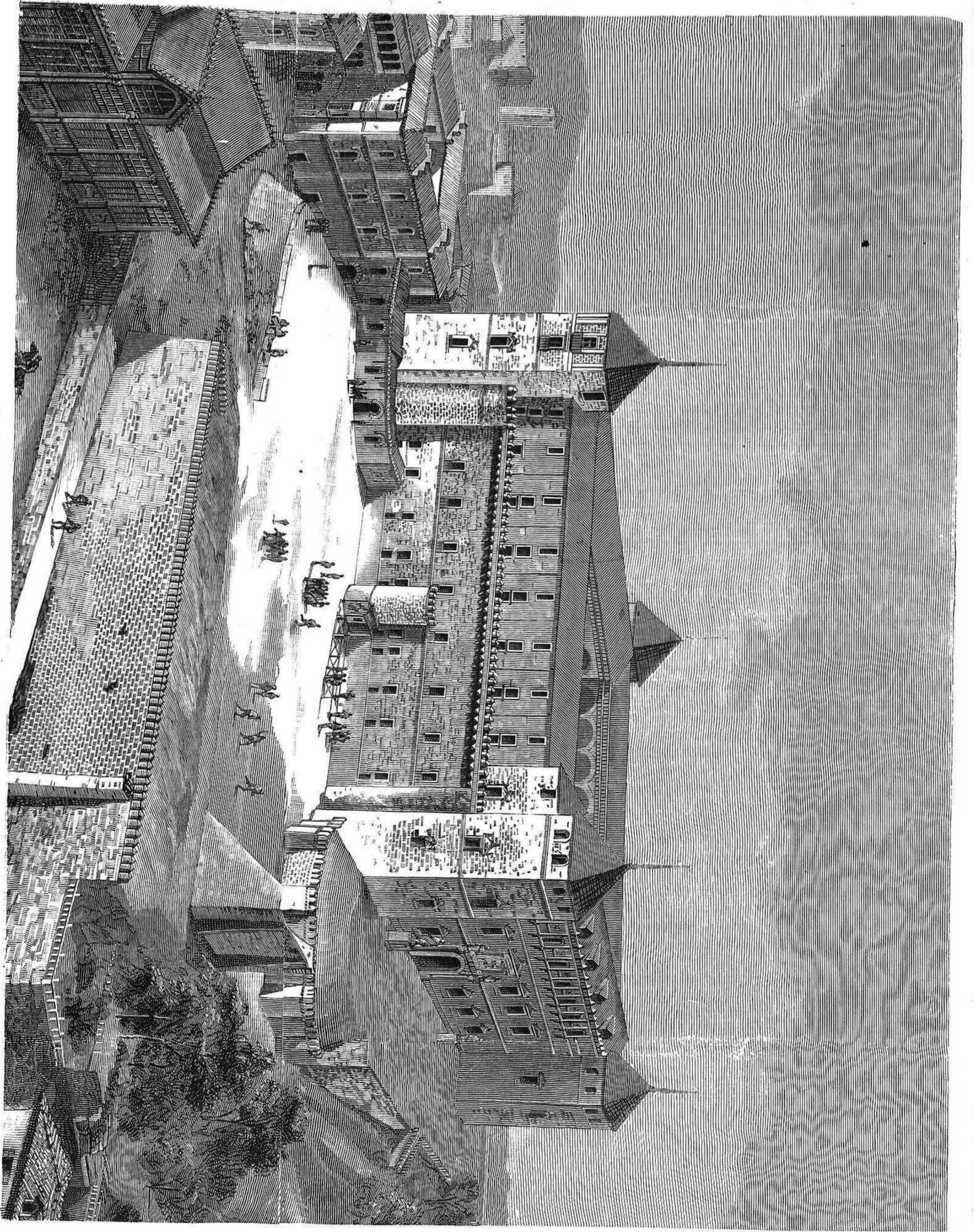
—Pero tampoco perdería.

—No lo sé, replicó Luisa con su habitual aire impasible y constantemente preocupado.

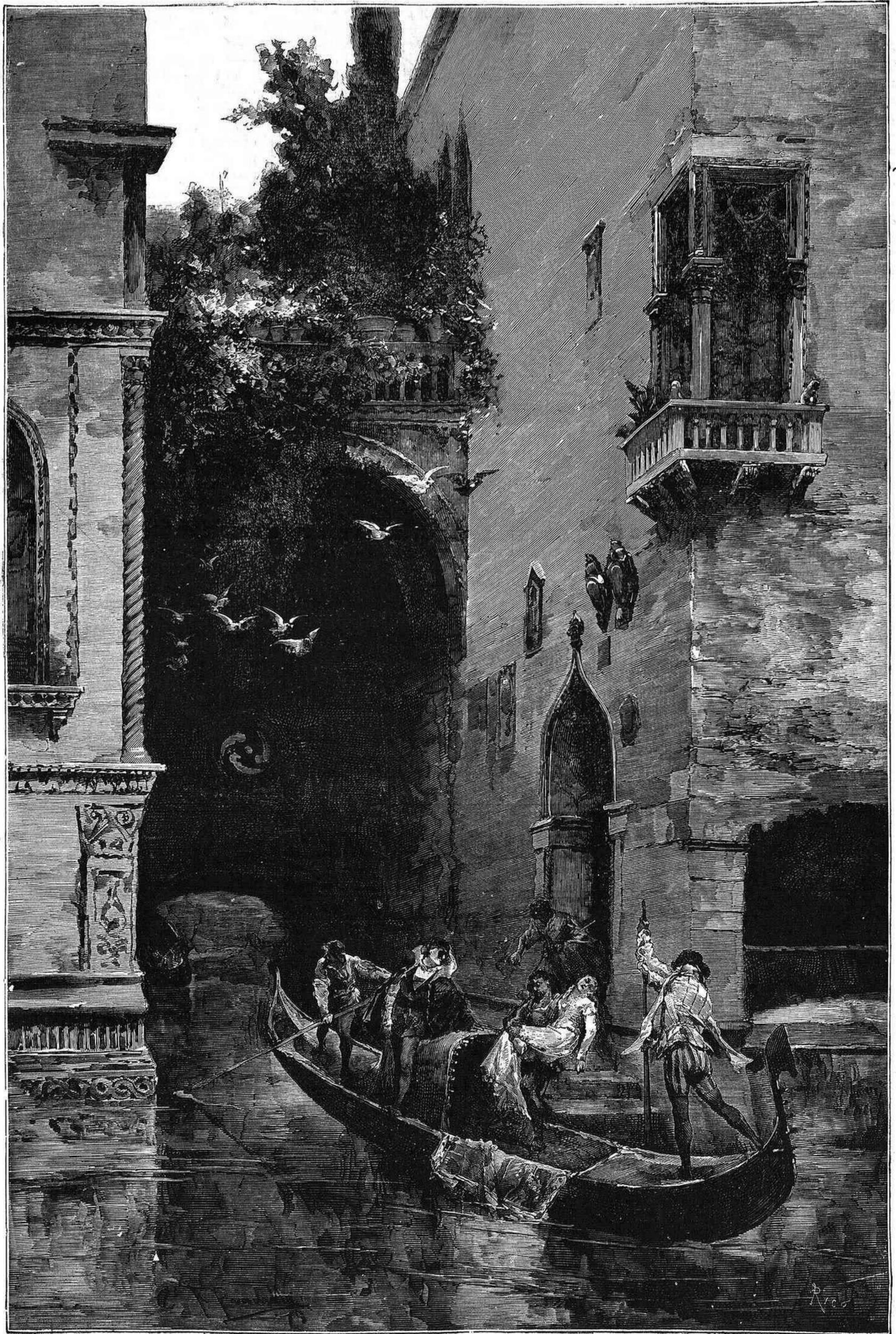
Eran tan poco estrechas aún las relaciones de estas niñas, gracias á la cláusula que prohibía toda alusión á los antecedentes de Marce, que ésta, fijando sobre Luisa sus rasgados ojos negros, quedó indecisa, sin saber si debería decir algo más ó guardar silencio.

—Es usted más útil á mi madre que yo, prosiguió Luisa; su genio, aun para usted misma, es mejor que para mí el mío.

—¡Pero, señorita Luisa! replicó Marce llorando



VISTA GENERAL DEL ALCÁZAR DE TOLEDO, ANTES DEL INCENDIO



BELLAS ARTES.—EL RAPTO (Cuadro de D. Francisco Pradilla.)

usted no sabe hasta qué extremo soy torpe. Hoy el maestro me decía: «Supongamos una ciudad de un millón de habitantes, y que de este millón sólo veinte mueren al año de hambre. ¿Qué observa usted en esta proporción?» Mi observación ha sido que á los últimos lo mismo debía importarles que hubiera un millón, que millones de habitantes, y que su desgracia no sería por esto menos horrible. Pero como usted ve, estas consideraciones no tenían nada que ver con la cuestión.

—En efecto, contestó fríamente Luisa, pero siempre profundamente reflexiva.

—Después me ha planteado otro problema sobre la prosperidad nacional, preguntándome si yo me felicitaría de pertenecer á un pueblo que tuviese millones de millones de duros.

—¿Y qué ha contestado usted?

—¡Ah! prosiguió Marce sollozando; he contestado, como á otra infinidad de preguntas semejantes, saliéndome de la cuestión. He contestado que yo no podía decir si esa nación prosperaba, y si yo debía felicitarla por la existencia de tanto dinero, sin conocer antes la cantidad que á mí me correspondía. Y lo peor es que mi padre tiene un gran deseo de que yo me instruya...

Luisa contempló la hermosa cabeza que se abría avergonzada ante ella, y dijo:

—Su padre debía ser muy profundo, cuando tanto deseaba la instrucción de usted.

Marce vaciló en contestar é hizo ver claramente á Luisa que se aventuraba en un terreno prohibido.

—Nadie nos oye.

Animada Marce, dijo:

—Al contrario, señorita; mi papá no sabe apenas leer ni escribir. Sólo yo leo perfectamente su inteligible letra.

—¿Y su madre de usted?

—Papá dice que sabía mucho. Murió al darme á luz. Era. (Marce pareció un poco nerviosa al hacer esta terrible confidencia; era una bailarina.)

—Y el padre de usted, ¿'a amaba?

Luisa hacía estas preguntas con ese interés que la era característico en algunas ocasiones.

—¡Oh! tan ternamente como á mí. En mí puede decirse que ha continuado amando á mi madre, y siempre, siempre estaba conmigo fuera de las horas en que se veía obligado á dejarme para trabajar.

—¿Y por qué la ha abandonado á usted?

—¡Ah! Sólo por mi bien, estoy segura. Nadie conoce á mi padre como yo. Me abandona por mi interés; jamás lo hubiera hecho por el suyo. No disfrutará un solo minuto de alegría hasta que vuelva á verme.

—¿Dónde vivía usted?

—No teníamos residencia fija. Mi padre es un clown.

Marce pronunció en voz baja este espantoso monosílabo.

—¿Para hacer reír al público? dijo Luisa.

—Sí; pero algunas veces el público no quería reír, y entonces mi padre lloraba. Hacía ya algún tiempo que esto ocurría con frecuencia.

—¿Y era usted su consuelo en esos momentos?

—Así me lo decía él sin cejar, contestó Marce con el rostro inundado de lágrimas; y muchas veces, añadía, en la mayor desesperación, que él no era más que un pobre hombre, débil é ignorante; y que si quería darle gusto, estudiase todo lo más posible, para no parecerme á él.

—¿Y ha sido siempre tan bueno para con usted su padre? preguntó Luisa, contraviendo el gran principio de Grad, porque se admiraba más cada vez.

—¡Jamás ha dejado de ser el mejor y más tierno de los padres! No le he visto incomodado más que una sola noche, pero tampoco contra mí, sino contra (Marce pronunció también en voz muy baja este terrible hecho) su perro sabio.

—¿Y por qué?

—Por no haberle obedecido en un ejercicio, en que *Pata alerta* debía saltar sobre el respaldo de dos sillas, apoyando los pies en cada una y man-

teniéndose así extendido. Cuando llegó á casa dijo que como se iba haciendo viejo, hasta el perro se burlaba de él, y comenzó á pegarle. Yo le dije: «No hagas daño á ese pobre animal que te quiere tanto.» Entonces se detuvo, y viendo que le había hecho sangre, le cogió en sus brazos, y se deshizo en lágrimas, mientras Pata-alerta le lamía el rostro.

Marce lloraba, y Luisa, abrazándola, dijo:

—Cuénteme usted ya, para concluir, de qué manera se ha marchado su señor padre.

—¡Ah! La última tarde que he pasado con él se revolvía sobre su silla, y le pregunté: «Padre, ¿te has dado algún golpe? Me contestó tranquilizándome, y cuando me incliné para besar su rostro, se ocultó de mí, diciendo con voz alterada y temblorosa: «¡Querida mía!»

En este instante entró Tom, y demostrando en su fría mirada que sólo su propia persona tenía el privilegio de interesarle, exclamó dirigiéndose á Luisa:

—¡Bun está ahí! Ven; así me convidará á comer.

—Espera un momento.

—Bueno, pero no tardes mucho, replicó Tom aproximándose á uno de los balcones de la sala.

Marce prosiguió:

—En seguida empezó á lamentarse de que el público quedaba cada vez más descontento de él y que era una vergüenza para mí ser hija suya. Pero le hice tantas caricias, que pareció consolarse un poco. Le conté entonces lo que había pasado en la escuela, y me cogió en sus brazos, y me suplicó fuese á comprar los aceites. Al bajar la escalera, le pregunté si me permitía llevar á *Pata alerta*, y me dijo: «No, hija mía; no lleves nada contigo de lo que se sepa que me pertenece.» Creo que ha sido en este momento cuando ha pensado marcharse. ¡Pobre padre mío! A mi vuelta ya no le encontré en casa.

—Pero di, Luisa, ¿te olvidas del viejo Bun? gruñó Tom.

—Aún guardo la botella de los aceites para cuando vuelva, y cada carta que veo traer, me corta la respiración, porque siempre creo que es de mi padre ó del Sr. Sar dando noticias suyas.

Desde este día, cada vez que Marce preguntaba á Grad temblando «si había recibido alguna carta que la interesase...» Luisa esperaba la respuesta con tanta ansiedad como Marce. En cuanto á Grad, después del *no* que hacía brotar las lágrimas de los ojos de Marce, explicaba á Luisa lo absurdo de las esperanzas que Marce se complacía en alimentar, á causa de la mala educación que había recibido.

Tom, entre tanto, llegaba, como muchos otros, antes que él, á este resultado triunfal del cálculo, que consiste en no ocuparse más que de *uno mismo*.

(Se continuará.)

Los héroes de Filipinas.

Fragmentos histórico militares.

EL P. JESUÍTA JOSÉ DUCOS

Disgustado el Capitán General Gobernador del Archipiélago D. Francisco José de Obando y Solís de Topete (jefe de escuadra de la Real Armada) de las continuas y desastrosas correrías de los moro malayos, mindanaos y joloeses, y de las repetidas fundadas quejas que de todas partes recibía de la inactividad de la escuadrilla puesta al mando del sargento mayor D. Miguel López Valdés, le ordenó su regreso á Manila, haciendo antes entrega del mando al P. Jesuíta José Ducos, rector de Iligán, hijo de un bizarro coronel ya difunto, de quien había heredado el valor y espíritu guerrero, que ya dió á conocer organizando militarmente los pueblos de su misión y conduciendo algunas veces á sus feligreses al combate y á la victoria.

El día 5 de Julio de 1754 se hizo cargo el P. Ducos de la escuadrilla de López Valdés, y demostrando desde luego su actividad y pericia, destacó al río de Limanong la galera *San Felipe*, al mando del capitán D. Lázaro de Elizaverre, con algunas otras embarcaciones; y á la ensenada de Panguil-

la galera *Triunfo*, al mando del capitán D. Nicolás Afriano, con otras dos caracoas, repartiendo el resto de los buques en diferentes puntos y cruceros, pero siempre en recíproca comunicación para reunirse y auxiliarse en caso necesario, y bloquear constantemente la costa N. de la isla de Mindanao.

No transcurrió mucho tiempo sin presentarse ocasión al P. Ducos en qué demostrar una vez más su valor y pericia militar, pues encontrándose el día 24 de aquel mismo mes en el río Limanong, oyó algunos disparos de cañón hacia el O., que supuso eran de Liangan, donde tenía destacadas cuatro caracoas, y saliendo inmediatamente á protegerlas con la caracoa que montaba y otras dos de lutaos, llegó tan oportunamente, é infundió con su presencia tanto entusiasmo en las cuatro caracoas cristianas, que se encontraban muy apuradas, como desaliento y terror en los catorce sacayanes moriscos que las atacaban y que desde luego emprendieron la huida; pero perseguidos con empeño y cañoneados con mortífero acierto, no tuvieron más recurso que embarrancar en la costa abandonando las embarcaciones y refugiarse en los mangles y el monte, obligando á seguirles á los esclavos cristianos remeros que llevaban, á quienes asesinaban á la menor sospecha ó tentativa de evasión.

Regresó victorioso el jesuíta á Linamong, y allí proyectó el atrevido plan de sorprender el importante pueblo enemigo del Anomán, grande y bien fortificado en las márgenes del río Layaván, y distante como unas cuatro leguas de su embocadura pueblo cabecera ó capital de otros muchos inmediatos, habitados por gente guerrera, valiente y atrevida; y para llevar adelante su plan, formó una columna de 223 españoles y visayas cristianos y algunos montescos gentiles amigos, capitaneados por el teniente D. Manuel Ayalde, vulgarmente conocido por «el Desesperado», por su extraordinario valor y coraje en el combate, y se puso en marcha por tierra; mas desgraciadamente encontraron á mitad del camino tres moros, de los que sólo uno pudo ser alcanzado y muerto de un lanzazo de un montesco; y temeroso entonces el jesuíta que los otros dos esparciesen la alarma y se previniese el enemigo, dió por frustrada la sorpresa, y prudentemente se retiró, para no exponerse á ser batido por fuerzas tan superiores; pero la noticia de tan atrevida tentativa alarmó de tal manera la morisma, que no encontraba sosiego, esperando ser batido por todas partes de sorpresa.

Hermanando los trabajos de la guerra con los científicos, se dedicó el P. Ducos, auxiliado por su compañero el P. Paver, á levantar el primer plano de la ensenada de Misamis (hoy bahía de Iligán); y encontrándose en aquellos trabajos, fué avisado de la aparición de varias embarcaciones piratas sobre las costas de Dapítan, que salió á buscarlas con la galera *Triunfo* y ocho caracoas, dando fondo al anochecer en la embocadura del río Langarán.

En la amanecida inmediata divisáronse hasta dieciséis embarcaciones enemigas, que muy pegadas á tierra navegaban al E. y les salieron á cortar la retirada; pero como el viento no favorecía á la galera, se quedó muy rezagada, sin lograr, por la distancia, aprovechamiento en los disparos que hacía, y el enemigo hubiera logrado escapar si las caracoas no le hubieran detenido, obligándole á un combate que cesó á las dos de la tarde, después de haberles echado á pique dos pancos y tomado al abordaje otro, pasando á cuchillo la mayor parte de sus defensores; y más completa hubiera aún sido la victoria si un desgraciado accidente que hizo suspender el ataque de los cristianos, no hubiera dado lugar á la huida de los moros, aunque con la pérdida de más de 300 muertos y un considerable número de heridos...

El pedrero que con admirable acierto manejaba el P. Jesuíta José Ducos estalló, hiriéndole de gravedad en la mano derecha y saltándole el ojo izquierdo; y cayendo sin sentido (que no recobró hasta cuatro horas después), creyeron todos que había muerto su heroico caudillo.

PÍO A. DE PAZOS

AMOR Y LLANTO

Allá en un bosque, entre frondosos pinos,
alzábase una mísera cabaña,
donde vivía un matrimonio joven
que desde tierna edad se idolatraba.

Fruto de sus amores era un niño,
rubio como su madre,
cuyos cabellos rizos parecían
los rayos en que Febo se deshace.

¡Cuántas veces, sentados á la lumbre,
de aquel hogar bendito,
se creyeron los seres más dichosos
de todos los nacidos!

¡Cuántas otras, en medio del silencio
y en la callada noche,
dieron gracias á Dios, que de alegrías
llenaba sus amantes corazones!

¡Y cuántas, contemplándose en los ojos
de la inocente y bella criatura,
convirtieron la choza en paraíso
creyendo que el placer no muere nunca!

Una mañana del invierno helado,
cuando la nieve en copos descendía,
del ancho firmamento
donde sombras y luz se confundían,
Cruzaban aquel bosque solitario
una mujer y un hombre,
en cuyos rostros se pintaba el duelo
que embargaba sus pobres corazones.

Lentos marchaban por la estrecha senda
buscando con afán tierras lejanas,
pues en aquel hogar perdido habían
¡el hijo de su alma!

¡Ayer felices! ¡Desgraciados hoy!
¡Mudanza grande del destino humano!
¡Tiene la vida, de placer un día,
de dolor... muchos años!

J. DÍAZ MACÍAS.

Estudio antropológico.

EL HOMBRE PRIMITIVO

I

Es una verdad por todos respectos manifiesta, y si manifiesta, repetida, que el universo, ó conjunto de seres materiales existentes, se encamina por rutas cada vez más claras y definidas para la comprensión humana, al cumplimiento de cierto fin ilimitado, en torno del cual se agrupa, con una armonía y solícitud que asombran, la gran cohorte de las fuerzas y acciones naturales, agentes ciegos, pero de justa eficacia, que, bien aisladamente, bien combinando sus diversas atribuciones, cooperan de consuno á la marcha regular y uniforme del complicado mecanismo encomendado á sus cuidados.

Ese fin, que algunos consideran como ley emanada de una ciencia superior, y en el que otros ven la consecuencia lógica y necesaria de un orden ya establecido, sin admitir en él variaciones secundarias ó especiales, no es, en nuestro entender, sino la expresión sintética de transformaciones sucesivas y en extremo lentas que, lejos de interesar al verificarse la vida y el desarrollo de los seres organizados, y la existencia de los cuerpos inertes, coadyuvan generalmente á su prosperidad mediante el aniquilamiento ó la represión de toda causa que pueda perjudicarles, la reparación de cualesquiera daños que de dichas causas se originen y la creación de recursos y facultades adecuados á las circunstancias más ó menos permanentes de que se hallen rodeados.

En vista, pues, de que esos agentes y mutaciones paulatinas ejercen su influencia no sólo sin alterar, mas también favoreciendo la persistencia de la estructura de los seres, el desempeño de sus funciones y de sus mutuas dependencias, excep-

ción hecha de los casos patológicos, y de otros realmente anormales, indicios todos, al parecer, de profundos trastornos, pero que, examinados con detención, dejan traslucir una vez más la tendencia á la estabilidad y el concierto; en vista de que la acción continua de dos diversos modificadores determina la aparición de nuevos caracteres, el desarrollo de facultades especiales, y la mayor potencia de otras, la transformación, ya parcial, ya completa de ciertas formas con ventaja para ellas mismas y para las demás, parece que estaríamos plenamente justificados en afirmar que el mundo marcha camino á su perfección, dando á esta palabra el sentido absoluto en que por lo común se la toma; pero, considerada bajo el doble aspecto de la sucesión que reina entre los cuerpos y el ensanchamiento, nunca detenido del círculo en que opera la actividad de éstos, semejante proporción flaquea y cede el campo, no á un perfeccionamiento relativo que, aun con ser tal, implicaría notoriamente la ausencia de correlación y acuerdo en las leyes naturales, lo cual es imposible, sino á un aumento regular y uniforme en la complejidad de los organismos, sus atributos, facultades y funciones, en las agencias y destinos de los demás seres, en el enlace de todos y en la subordinación que, mientras más íntima, más los une para servir á la producción de los fenómenos físicos, químicos y vitales de que es asiento la naturaleza.

Esa subordinación, ese encadenamiento, por mejor decir, es el principio fundamental sobre el cual estriba el edificio entero de lo existente; y tanto es ello así, que si una mano suficientemente poderosa reprimiera por un momento cualquiera de las fuerzas antes mencionadas, la atracción química, por ejemplo, ó ley que llama los átomos á unirse según cierta proporcionalidad invariable para cada sustancia; si tal sucediera, decimos, el mundo, perdiendo su equilibrio, se desplomaría como bóveda á la cual se hubiera arrancado una de las piezas principales hacia donde convergen las presiones ejercidas por las demás, y sus grandes partes componentes, disgregadas en los elementos últimos que de igual manera las constituían, desprovistas de todo impulso, de todo lazo, de toda acción reguladora, caerían en la inmovilidad ó inercia más completa, si se nos permite la expresión; estado de todo punto incompatible con la vida y los demás efectos resultantes de condiciones enteramente opuestas á aquéllas.

Sentados estos datos generales, vemos, pues, que el universo marcha á pasos lentos y progresivos, en el valor absoluto de la frase; que los entes, en su totalidad, son derivaciones unos de otros, y que, ligados entre sí del modo más estrecho, forman una extensa serie, cada uno de cuyos términos existe en la actualidad ó ha existido en épocas más ó menos distantes de la moderna, de suerte que, no pudiendo concebirse ninguna forma, sin que otra la preceda ó haya precedido inmediatamente, se llegará muy luego al átomo, que es el límite de la divisibilidad de la materia.

Esta, combinándose de mil diferentes maneras, en virtud de influencias generales y especiales, da origen, como sabemos, á los cuerpos orgánicos é inorgánicos. Si de tan vasto plan separamos los segundos para tomar sólo en cuenta los primeros, podremos, basados en la naturaleza de la escala que éstos representan, construir con ellos dos conos opuestos por el vértice: uno, de base definida, ocupado por los vegetales, cuyos individuos más simples, ó sean las plantas unicelulares, están situados en el extremo, y el otro, correspondiente á los animales, que principia en las formas menos complejas, encierra todas las especies pasadas y vivientes, y va á ocultarse entre las brumas del porvenir: la base indeterminada de éste da cabida al hombre, que por el número de sus órganos y el desarrollo de sus facultades debemos colocar en el puesto más culminante de la serie.

II

¿Es igual el de ayer al hombre de hoy, que tan pomposamente se titula rey del universo, sin ser

otra cosa que eslabón de una cadena interminable? Apartando inútiles preocupaciones que oscurecen el camino de la verdad, las investigaciones de la ciencia moderna tienden á responder en sentido negativo.

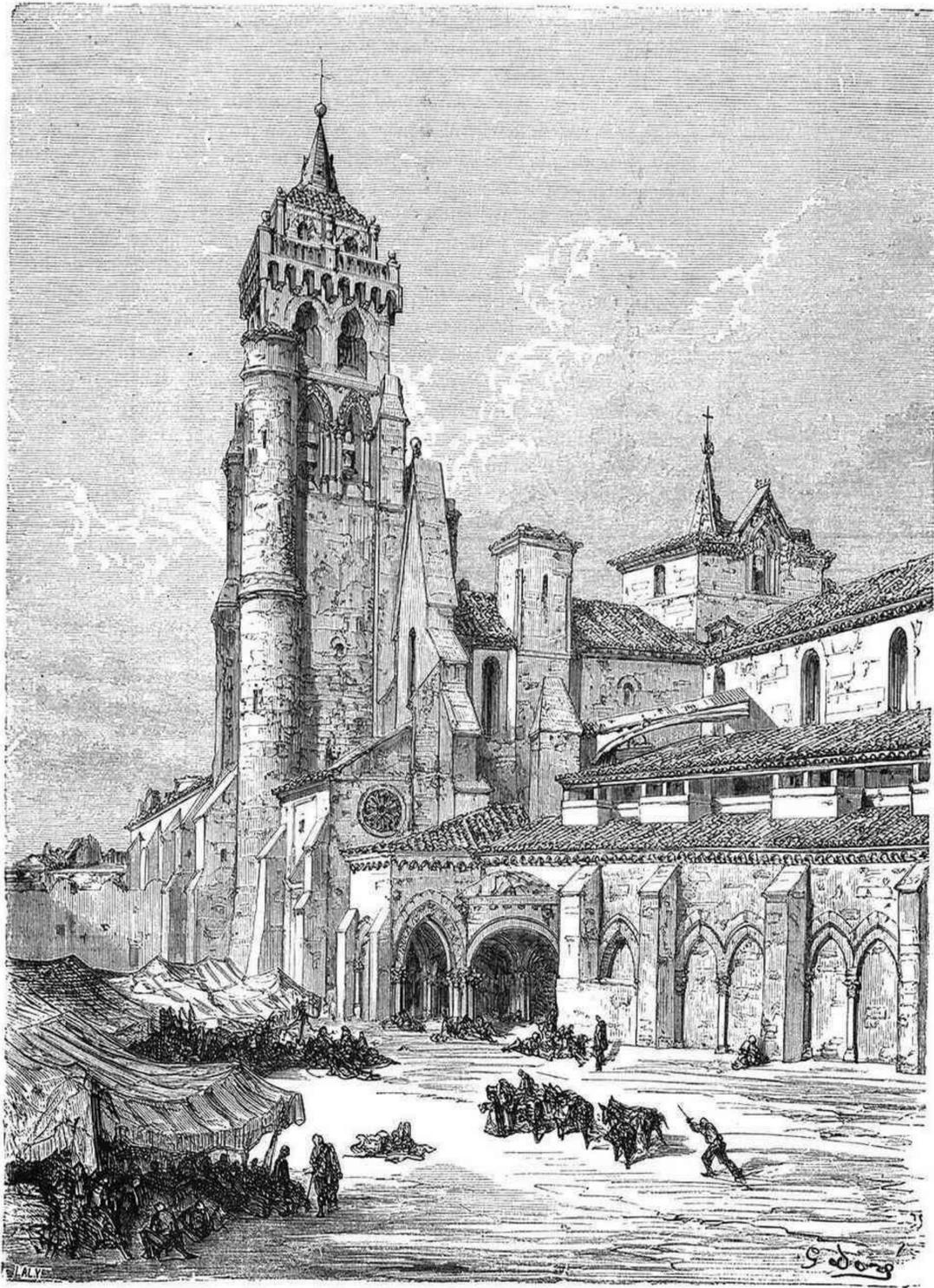
Las necesidades, en efecto, dan origen en los seres organizados á órganos propios para satisfacerlas, y éstos, una vez creados, se transmiten por herencia, siempre que la necesidad persista indefinidamente. Tales son hoy los hechos con toda certeza demostrados, que sirven de apoyo á la ley de la evolución de las especies, y han de guiarnos en el estudio de la procedencia y diferenciación de las formas. Las consecuencias á que dan margen son numerosas é importantes: la fuerza de los órganos, su desarrollo, su tendencia á transmitirse, están en razón directa de la intensidad y constancia de las causas que determinaron su aparición; las desventajas que pudieran hacer peligrar la existencia de un organismo cualquiera, están compensadas por circunstancias peculiares que la favorecen, y las funciones son tanto más fáciles, cuanto mayor es su tendencia.

Por los medios que le rodeaban, por las costumbres consiguientes, por su condición inculta, el hombre de los pasados tiempos no podía, pues, ser igual al de los modernos. Basados en deducciones fáciles de hacer *á priori*, y á las que múltiples descubrimientos dan valor y solidez, tratemos de bosquejar, siquiera en parte, las peculiaridades que en su organismo debieron encontrarse, y de las cuales se notan aún vestigios de razas inferiores.

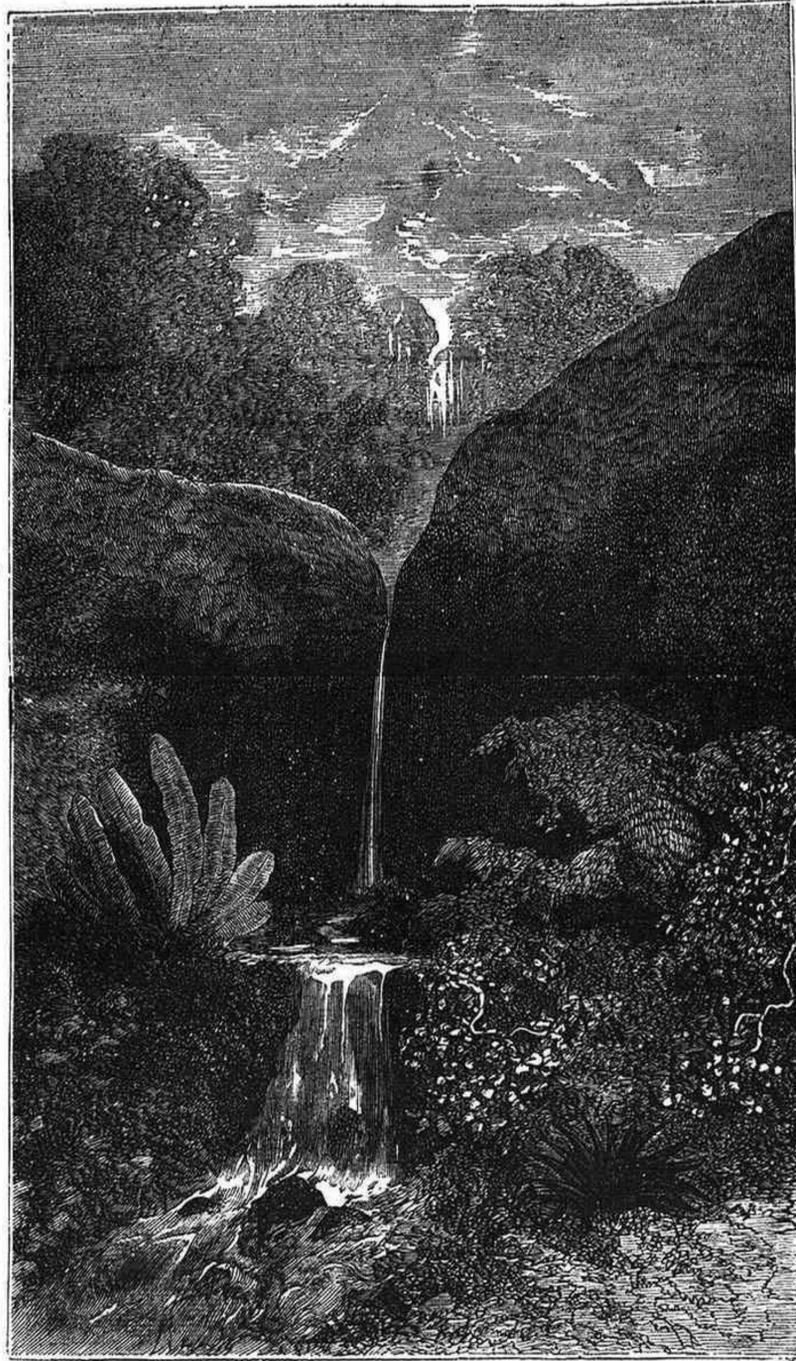
Provisto de una inteligencia rudimentaria, poco fecunda en astucias, arbitrios y medidas de prudencia, el hombre primitivo ó, según se dice comúnmente, haciendo uso de una frase sin sentido alguno, el hombre *en estado de naturaleza*, tenía, por precisión, que apelar á la fuerza brutal para defenderse y procurarse el alimento: hubo, por tanto, su musculatura de adquirir un desarrollo extraordinario y producir un aumento de volumen y densidad relativo en las piezas óseas que á ella servían de armazón: las crestas y espinas que daban inserción á músculos en extremo poderosos, eran más salientes, más marcados y rugosos; la apófisis, particularmente la mastoide, coracóides, las jeni, los dos troncónteres, etc., presentaban dimensiones considerables; las eminencias, á excepción quizá de las frontales, se distinguían por su pronunciado relieve, y los senos, con reserva tal vez del frontal, eran más pequeños y de paredes más grandes; el esqueleto, en una palabra, estaba formado de tal manera, que presentase mayor resistencia y estabilidad á las grandes fuerzas que en él habían de tomar apoyo.

Si nos referimos ahora á las diversas partes observaremos que el hombre antiguo ofrecía, en lo relativo al cráneo, ciertos caracteres que hoy son mirados como signos evidentes de superioridad. Obligado á desgarrar sus alimentos con los dientes, por carecer de medios propios que para dicho efecto, los músculos motores de su mandíbula inferior debían estar dotados de una fuerza y extensión convenientes; mas como estas propiedades implican la existencia de una superficie de inserción á ellas proporcional, fácil es reconocer que la fosa temporal, limitada superiormente por la línea curva, poseía un área y profundidad mayores que las que actualmente presenta; dicha línea se hallaba, pues, rechazada hacia el meridiano del cráneo, de tal manera, que sólo se apartaba dos centímetros de la sutura sagital, distancia mucho menor que la que marca la anatomía: semejante disposición ha sido comprobada en cráneos de neocaledonios, y establece cierto grado de similitud entre el hombre y las especies zoológicas que en complejidad le siguen.

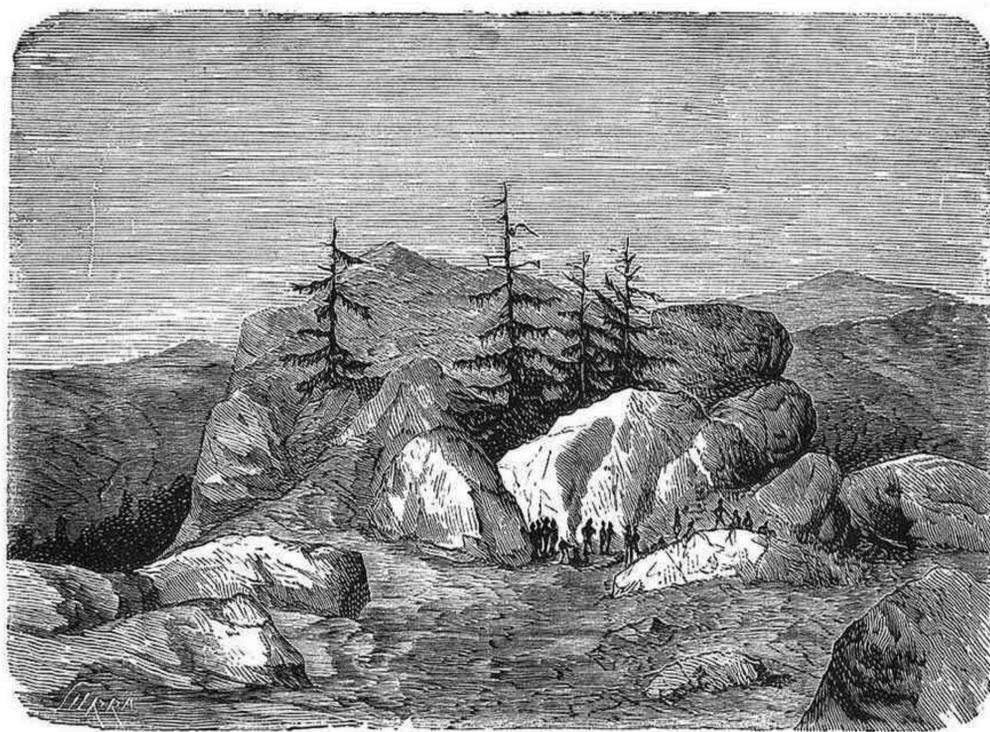
Las suturas, á excepción de la metópica y la interparietal, empezaban á soldarse en una edad más temprana que la en que hoy se verifica dicho fenómeno; y este hecho, consecuencia, según Cruveilhier, de la escasa preponderancia de la masa cerebral, sirve, no sólo para evidenciar cuán obtusa era



BURGOS.- VISTA DEL MONASTERIO DE LAS HUELGAS



LA FUENTE CASTALIA



LA CIMA DEL MONTE PARNASO

la inteligencia de aquel antiguo sér, sino también para conformar una vez más la humilde procedencia de todos nuestros timbres y prerrogativas. La sinostosis, que en las actuales razas inferiores principia en las inmediaciones del bregma, á la inversa de lo que sucede en las razas más elevadas, tenía, pues, mayor motivo para inaugurarse entonces precisamente en la intersección de las suturas parietal y frontal, é invadir las en época prematura. La sutura media del coronal y la interparietal permanecían visibles por más tiempo, según se ha mencionado, el plano del agujero occipital formaba con el horizonte un ángulo de concavidad posterior muy pronunciado, lo cual no se nota sino en los últimos tipos humanos, y siempre en menor escala: los cóndilos occipitales tendían á hacerse paralelos, y el cráneo entero, visto en la *norma verticalis* de Blumenbach, era dolicocefalo ó prolongado en el sentido antero-posterior, y dejaba sobresalir los arcos zigomáticos en las partes laterales de la *norma*. La sutura de los cuadrados de la nariz era prematura, así como se retardaba la desaparición de los intermaxilares, huesos característicos de los mamíferos irracionales; las órbitas ofrecían mayor redondez; la presión mentoniana del maxilar inferior, lejos de ser prominente hacia adelante, descubría una curva oblicua de concavidad posterior; los caninos sobrepujaban mucho en altura á los demás dientes, lo cual hemos tenido ocasión de observar también como atavismo en algunos contemporáneos, y los cóndilos de la mandíbula formaban tal vez ángulos muy oblicuos con el plano medio vertical, á causa de la alimentación, casi exclusivamente fitófaga del hombre primitivo.

El canal de torsión del húmero recorría un arco menor que el de 180°, correspondiente al mismo hueso en la época nuestra: este hecho, que está en relación con la actitud natural del individuo zoológico, era sin duda el recuerdo aún no borrado de la estación semibípida de los monos antropóides. La cavidad glenoidea de la escápula, más que afuera, miraba ligeramente afuera y adelante; el miembro superior era algo más largo, la pelvis difería en el mismo sentido, y el pie, armado de fuertes músculos, de igual manera que el recto del miembro inferior, poseía alguna aptitud para asir en cierto grado los objetos.

El tubo digestivo era quizá más prolongado y muscular; el corazón más voluminoso, denotaba una circulación rápida y, de consiguiente, una calorificación mayor; la piel se hallaba cubierta de abundante vello; la locomoción, en fin, los sentidos y las funciones todas de la vida orgánica, se distinguían por la actividad; sólo el cerebro, con sus circunvoluciones gruesas y poco numerosas, sus lóbulos anteriores poco desarrollados, su pequeñez y su escaso peso, sólo el cerebro permanecía indiferente en medio del movimiento de los órganos, sólo él se mostraba tardío en sus manifestaciones especiales. Y no es extraño, pues sí, según Brocca, «entre el cerebro liso del *oustiti* y el cerebro prodigiosamente complicado del chimpancé y el orangután hay una distancia inmensa; este último y el hombre no presentan, bajo el punto de vista en cuestión, sino ligeras variaciones, distintivas de la especie.

Hecha esta breve descripción de nuestro humilde antepasado, tal como lo da á conocer la antropología, sin esfuerzo alguno se comprende que el hombre contemporáneo no se diferencia de él sino por caracteres resultantes de modificaciones peculiares. La circunstancia que más nos singulariza consiste indudablemente en el gran volumen de nuestro cerebro, en sus anfractuosidades y en las circunvoluciones numerosas y delgadas de que se halla cubierta su superficie: de aquí el desenvolvimiento de nuestras facultades intelectuales; de aquí el título de superioridad que reclamamos como dón especial á nosotros concedido, y con el cual pretendemos rechazar al animal, cualquiera que sea, en cuyos órganos, cualidades y funciones

trasluciremos eternamente el origen de tanto orgullo y de tanta grandeza.

¡Pueril y vano empeño!

La naturaleza, sabia é inexorable en su marcha progresiva, no crea nunca por capricho, ni por capricho destruye: todo en ella es lento, regular y necesario: cada paso supone otro paso, cada fenómeno otro fenómeno: la ciencia que estudia ese paso y analiza ese fenómeno, la ciencia nos mostrará día por día los sellos de nuestros viejos pergaminos.

¡Ocupados en cantar nuestras glorias y despreciar á nuestros antecesores, olvidamos que el hombre de los tiempos venideros, cien mil veces más perfecto, descargará sobre nosotros todo el peso de su soberbia!

DOCTOR REINOLDER

A un poeta crítico-político.

SONETO

Tus aceradas críticas detesto,
y el causticismo atroz de tu censura;
pues al fin he de ver tu boca impura
chupar la dulce miel del presupuesto.

De falsa gratitud en manifiesto
de quien te diere el pan, serás hechura;
y hoy besarás, mas con falaz ternura,
una mano que ayer cortaras presto.

Si te falta el valor del hombre fuerte,
que desdefiando un interés mezquino
censura sin temer adversa suerte,
del vate deja el áspero camino,
condenando tu lira á eterna muerte,
y á la patria mendígale un destino.

M. BELLIDO.

ESPECTÁCULOS

Gran suceso... como dicen los carteles de los circos: el Teatro Real se ha salido de madre, ó por lo menos ha salido de lo ordinario, estrenando la *Regina di Saba*, ópera de Goldmark, en la que los críticos ¡oh prodigio de penetración! han descubierto cosas buenas, cosas medianas y cosas inferiores.

El público, único crítico y señor, ha dado la primera parte de su fallo aplaudiendo ó no aplaudiendo los diferentes números de la obra, y emitirá la segunda parte de su fallo (que es importante) asistiendo ó no asistiendo á las representaciones sucesivas.

Algunos aficionados dicen que Goldmark ha copiado á Wagner en la *Regina di Saba*.

Es posible; como también es posible que eso que da en la nariz á los tales aficionados, no sea otra cosa que los adelantos del arte lírico de treinta ó más años á esta parte, lo que aquí no se conoce, lo que Gaztambide, el compositor más artista de su época, sentía haber conocido tarde, lo que no han querido conocer nunca los genios indígenas que creen haber puesto con sus obras un punto final á la historia de la música en España.

Gayarre, Mancinelli y la Kupfer, muy bien: los demás artistas, cumpliendo como buenos.

El Doctor Olmedo, de D. Javier Santero, estrenado en la Comedia, no tuvo la suerte de agradar mucho al público.

Pepita Jiménez, estrenado en el mismo teatro, agradó menos todavía.

Son de elogiar los esfuerzos de los artistas, y singularmente de la señora Gorritz y el señor Romea, por salvar estas producciones, y la actividad de la empresa en materia de estrenos.

En Lara ha obtenido un éxito muy lisonjero el juguete *Cortar los vuelos*, original de Angel del Palacio, que en esta obra luce, como en todas las suyas, las envidiables facultades de autor cómico que ya el público lo reconoce.

Las señoras Valverde, Rodríguez y Romero y los señores Zamacois y Rubio, siguen dando al teatro tantos llenos como funciones.

Dos fanatismos, han hecho un tercero en el entusiasmo del público.

Ya nos ocuparemos de ello en la próxima revista.

En el teatro de la Princesa tampoco hay obra nueva de que hablar.

San Sebastián, mártir, ha vuelto á la escena con gran regocijo del público, que no se cansa de admirar y celebrar los chistes de Vital Aza.

En Eslava ha sido estrenado un sainete del señor Manzano, que se titula *Merienda de negros*, con gran éxito, y éxito verda dero.

Tiene el sainete mucha gracia, y lo que es más difícil en una primera producción, tiene razón y acierto en el desarrollo de la acción, cosas ambas que auguran al señor Manzano un halagüeño porvenir en el teatro.

En Variedades y Martín, *El año dos mil* y *Carampacho*, ambas originales del señor Perrín, y ambas muy aplaudidas.

Y nada más por la presente.

CANTA CLARO.

CORRESPONDENCIA CON LOS SUSCRITORES

Fábrica de armas de Toledo.—Recibidas 18 pesetas.

Casino de Valencia.—Id. 8.

Casino de Agricultura de Valencia.—Id. 4.

D. M. de la J.—Salamanca.—Id. 9.

Casino Militar de Navarra.—Id. 18.

D. M. F.—Pamplona.—Id. 9.

D. T. C.—Ginzo de Limia.—Id. 9.

Casino Africano.—Ceuta.—Id. 9.

D. A. P. R.—Ferrol.—Id. 9.

Biblioteca Militar de Vitoria.—Id. 18.

Círculo Vitoriano.—Id. 9.

D. I. R. L.—Huelva.—Id. 4,50.

D. M. M. G.—Valdemoro.—Id. 1,50.

D. J. P.—Alba de Tormes.—Id. 18.

D. T. P.—Castrojeriz.—Id. 9.

Casino Leonés.—Id. 9.

D. J. S. de P.—León.—Id. 13,50.

D. R. M. B.—Palencia.—4,50.

D. P. R.—Úbeda.—Id. 18.

D. S. de H.—Sevilla.—Id. 18.

Círculo de Calderón.—Valladolid.—Id. 18,90.

D. M. C.—Zamora.—Id. 9.

D. M. R. de G.—Peñaranda de Bracamonte.—Idem 9.

Sociedad Centro de Lectura.—Valls.—Id. 15.

D. F. S.—Santa Coloma de Rudrón.—Id. 18.

D. F. B.—Santa Cruz de Tenerife.—Id. 20.

D. A. G.—Lizaso.—Id. 3.

Academia de Bellas Artes.—Cornuña.—Id. 9.

D. M. C.—Vigo.—Id. 9.

D. F. E.—Ronda.—Id. 4,50.

D. A. C.—Bilbao.—Id. 4,50.

D. J. L.—Badajoz.—Id. 18.

D. C. F. D.—Villanofar.—Id. 4,50.

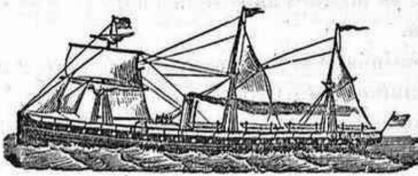
D. J. S.—Zamora.—Id. 18.

D. J. C. G.—Palenciana.—Id. 18.

D. J. D.—Tarazona.—Id. 18.

ANUNCIOS

Servicios de la Compañía



Trasatlántica de Barcelona.

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA

Con escalas y extension á Las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico

Salidas trimensuales: de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Las Palmas, Puerto-Rico y Habana.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Magagüez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y Puertos del Pacifico, hácia Norte y Sur del Istmo.

VIAJES DEL MES DE ENERO

El 10, de Cádiz, el vapor *Catañña*; el 20, de Santander, el vapor *Reina Mercedes*; y el 30, de Cádiz, el vapor

VAPORES-CORREOS A MANILA

Con escalas en Port-Said, Aden y Singapoore, y servicio á Iloilo y Cebú.

Salidas mensuales: de Liverpool, el 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor *Santo Domingo* saldrá de Barcelona el 1.º de Febrero próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en **Barcelona**, la *Compañía Trasatlántica*, y Sres. Ripoll y C.ª, plaza Palacio.—**Cádiz**, Delegacion de la *Compañía Trasatlántica*.—**Madrid**, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.—**Liverpool**, Sres. Larrinaga y C.ª.—**Santander**, Angel B. Perez y C.ª.—**Coruña**, D. E. da Guarda.—**Vigo**, D. R. Carreras Irigorri.—**Cartagena**, Bosch hermanos.—**Valencia**, Dart y C.ª.—**Manila**, Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

A. Romero A.

Capellanes, 10.

Gran almacén de música, pianos, órganos y demás instrumentos de salón. Salón de conciertos. Obras musicales en todos los ramos del arte.

Pianos de las más renombradas fábricas de Europa. Unico depósito en España de los célebres *Steinweg*, inmejorables por su sonoridad y resistencia.

Se remite gratis el catálogo ilustrado.

MADRID

TINTURA SIN IGUAL

DEL DR. BERNET DE BAYONA

Es la mejor tintura progresiva que se conoce. Considérese ilegítima toda la que no lleve en la caja exterior y prospecto la siguiente direccion: Depósito unico por mayor y menor en España:

PERFUMERÍA FRERA
1, Cármen, 1, Madrid.

HORA FIJA

Por 2,50 pesetas semanales relojes de todas clases. Se hacen composuras garantizadas.

Gran relojería de J. G. Herreros.

43, CONCEPCION JERÓNIMA, 43

MADRID



COMPAÑIA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES. GRAN MEDALLA DE ORO

Y LA CRUZ DE LA LEGION DE HONOR PARA SU DIRECTOR

En la Exposicion de Paris de 1888.

CHOCOLATES SUPERIORES

ACREDITADOS CAFÉS

BOMBONES DE CREMA Y PRALINÉ

Depósito general: MAYOR, 18 y 20.—Sucursal, MONTERA, 8, Madrid.

LA ILUSTRACION NACIONAL

En vista de la favorable acogida que ha tenido esta publicacion, y con el fin de poder servir algunos pedidos que se nos han dirigido, se ha hecho nueva tirada de los números del primero y segundo tomo, que se venden coleccionados.

Constan de 464 y 662 páginas respectivamente, ilustrados con magníficos grabados.

El precio de cada tomo es 30 pesetas el 1.º, y 35 el 2.º

Puede hacerse el pago abonando dos pesetas mensuales.

A los que deseen adquirirlos, y verifiquen el pago al contado ó en dos plazos, se les hará una rebaja de 5 pesetas.

GRAN BAZAR

DE

ROPAS HECHAS DE MILITAR

Único en España.

Tambien se confeccionan á medida toda clase de prendas en veinticuatro horas.—Equipos completos para las Academias, se remiten á provincias.

MORENO

Carrera de San Francisco, 11, Madrid.

LA AMUEBLADORA

Cuantos muebles sean necesarios para amueblar habitaciones, ya sean modestas ó de lujo, se encontrarán en esta casa, sillas mecedoras de Viena y de nuestra fábrica, á precios módicos. Exportacion á provincias. Catálogos gratis.

GRAN COMERCIO

DE

SASTRERIA

DE

ANDRES SOLERO CRESPO

Especialidad en togas, uniformes militares y civiles; condecoraciones de todas clases; todo lo perteneciente al profesorado y magistratura, como son birretes, vuelillos y mucetas.

MADRID

4, PRECIADOS, 4

DEPÓSITO DE MUEBLES

4, Isabel la Católica, 4.

Inmenso surtido á precios módicos; mecedoras, sillas de Viena y de nuestra fábrica: hay una existencia de 4.000, desde veinte reales. Facilidades para el pago. Exportación á provincias. Catálogos gratis.

Negro firme.

IMPERMEABLES No cambian de color.

N. LEJEUNE ET C.ª, PARÍS

Nuestros impermeables se recomiendan por su fabricacion y por la superioridad del tejido. Recordamos á los señores Jefes y Oficiales que tenemos á su disposicion, como el año pasado, muestras que pueden pedir por correspondencia, y que tendremos sumo gusto en mandarlas, así como los precios.

N. Lejeune et C.ª, 30, rue de l'Echiquier.

PARÍS



IMPERMEABLES INGLESES

Marca «Gallo.»

Especialidad en *Capotes impermeables*, forma reglamentaria para los señores Oficiales y Jefes del Ejército. Precio: capote impermeable con valona y capucha de los llamados de seda, 72 pesetas.

Para facilitar á los cuerpos militares la adquisicion de nuestros impermeables, de excelente calidad, les ofrecemos la ventaja del pago en tres plazos, á 24 pesetas cada uno. Remitimos muestras del tejido á quien lo desee.

Luis Vives y Compañía.

CALLE DE FERNANDO, 20, BARCELONA

SOBRE CUBIERTA

De bueno y de malo ha ocurrido en pocos días. De bueno, la publicación del tomo de poesías del ilustre general Ros de Olano, con un prólogo de D. Pedro Antonio de Alarcón.

De bueno, el libro del ingeniosísimo y correcto escritor D. Isidoro Fernández Florez (Fernanflor), regalo que dedica á sus suscritores *La Ilustración Ibérica*, que sale á luz en Barcelona.

De bueno, un tomito titulado *Progresos y extravagancias*, colección de artículos escritos por el reputado autor Ossorio Bernad.

De malo, el incendio del Alcázar de Toledo, la temperatura y algunos billetes falsos.

De malo... sería innumerable el catálogo, y no estamos para pensar en asuntos tristes.

En el tomo de poesías del ilustre general, cuya muerte lloramos cuantos tuvimos la buena suerte de conocerle, hay testimonios del claro ingenio, del profundo juicio y de la inspiración del que fué eminente literato, hermano en letras y amigo del alma de Espronceda y Miguel de los Santos Álvarez, y compañero de los García Gutiérrez, Hartzenbusch, duque de Rivas y tantos otros honra de nuestra literatura.

Algo y aun algo habrá quedado inédito del insigne poeta, y aun entre ello me parece recordar unos epitafios rebosando sal ática y conocimiento de la humanidad y sus debilidades.

Mi buen amigo, el distinguido literato Sr. Salillas, me recitó algunos epigramas del general.

Entre ellos, si mal no recuerdo, estaba el siguiente:

«Pablo Pérez, Tula Hostilia,
condes del Oro de Ofir:
panteón de una familia
que aún no ha empezado á morir.»

Si los elogios póstumos son justificados en varios casos, nunca como en el presente: el general Ros de Olano deja un vacío difícil de llenar en la amistad y en la literatura patria.

Era el ángel de la familia, el amigo leal, el cumplido caballero, el militar pundonoroso é inteligente, el escritor original y personalísimo, dificultad invencible para los escritores vulgares que nunca llegan á formarse personalidad, á distinguirse por el peculiar estilo.

¡Dios haya al general Ros de Olano!

Es el libro de Fernanflor, como suyo, conjunto de inimitable gracejo, intencionado á veces, siempre sencillo y castizo, sentido y dramático cuando el asunto lo exige.

Los artículos de Ossorio y Bernard tienen gracia y están perfectamente escritos.

Entre lo malo mencionábamos el incendio del Alcázar de Toledo.

Hace ya algunos años se incendió el Alcázar de Segovia.

Si continúa la serie, llegaremos á perder cuantos monumentos artísticos encierra España.

En todos los países el pueblo en general siente cierto apego á los monumentos que le recuerdan días gloriosos ó días nefastos de su historia.

En España, aparte de las comisiones y Academias especiales, á nadie interesa la conservación de los monumentos.

Entre las personas que los visitan abunda el número de aficionados á señalar su paso como le señaló *Atila*.

¿Hay frescos al alcance de las manos de la muchedumbre? Pues esas manos arañarán los frescos para consignar su visita al monumento de que se trata.

Para que la posteridad y aun los historiadores sepan á qué atenerse, escriben con navaja ó con el regatón del bastoncito:

«Fulanito de Tal, día... tantos de... tal mes.»

O en esta otra forma:

«Día feliz: estuvimos juntos en... (debieron estar en la cárcel)... Fulanita... Zutanito.

Ya queda consignada tan importante efeméride para la historia del país.

Si de pasada puede desbaratar la nariz á una estatua ó tronchar una planta ó propinar un mete y saca á un lienzo, aunque sea un original de Rafael ó de Velázquez, no lo dejan por pereza.

Unese á esto el interés de conservación de algunos monumentos.

Hace tres ó cuatro años sorprendí á un ciudadano, encargado de la limpieza de un edificio, sacudiendo el polvo de unos techos pintados al fresco por Jordán.

El dependiente de la casa, y creo que sacristán, usaba para la faena un escobón sujeto al extremo de una vara suficientemente larga.

A cada paseo del escobón venían al suelo trozos de la techumbre.

El suelo estaba ya blanco, y yo temí que el ciudadano en cuestión estuviera encalando, por orden superior, los hermosos techos pintados por Jordán.

—¿Qué hace usted, hombre? me atreví á preguntarle.

Y me respondió con gravedad rayana en grosería:

—¿Pues no lo ve usted? Limpiando los techos.

—Pero ¿y eso? insistí indicándole los fragmentos que habían caído al suelo.

—Eso, tornó á contestarme siempre grave, es *desconcharo*; la pintura que se cae: como que todo eso es ya muy viejo; hace más de dos siglos y pico que lo pintaron.

Dudé entre desconcharle á él y avisar á algún superior de aquella acémila, y opté por esto.

Gracias á mi aviso, se evitó que desapareciera el resto de los frescos.

Y aún decía el animal, entre dientes:

—¡Estos tíos que en todo se han de meter! ¡Cómo querrá que se limpie la pintura! ¿Con estropajo ó con betún?

El arbolado y los monumentos inspiran en varias comarcas de nuestro país, odio.

En algunas interés.

En otras muchas, indiferencia.

Por esa parte las administraciones que se suceden participan del vicio general.

¿Que se necesita un cuartel?

Pues en lugar de levantar un edificio á propósito, desahogado y con las comodidades y demás condiciones que exigen el servicio y los adelantos, piensan en algún convento ó en algún alcázar, en cualquier edificio monumental.

Con esto no resultará cuartel, pero tampoco resulta monumento artístico.

Conservar un edificio por respetos artísticos ó históricos, es perjudicarse en lo que pudiera producir la propiedad urbana ó la rústica, según el sitio de su emplazamiento.

Y como en España no contamos más que con unos cientos de leguas de cultivo, no podemos tolerar el abuso arquitectónico.

Son genialidades—como decía aquel individuo que se sonaba la nariz con los dedos sin intermedio de pañuelo.—¿Querrá usted creer que nunca he usado pañuelo? decía. Soy lo más raro...

EDUARDO DE PALACIO.

CHARADAS

*Tercia al pobre, que lo dos
Dios, y galardona al bueno;
todo vuestro techo á nadie,
y una iréis al fuego eterno.*

*Pregunté con prima tres
segunda primera, Rita,
¿por qué te fuiste á la todo
á hacer esa triste vida?*

*Primera dos á una niña,
tres cuatro, oriunda de todo,
que me rechazó, juzgando
era mi amor codicioso.*

Solución á las del número anterior:

ASTROLABIO.—TOPOGRAFÍA.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 Lis.

IMPORTANTE

Todos los suscritores que lo hayan sido por lo menos durante seis meses, y que continúen siéndolo, y los que se suscriban por un semestre, recibirán como regalo un precioso Almanaque para el presente año.

Consta el mismo de 160 páginas, en 4.º mayor, impreso en buen papel, con profusión de hermosos grabados, caricaturas y abundante y variada lectura. Está esmeradamente impreso, y lleva una elegante cubierta.

CON EL NÚMERO DEL 30 DEL ACTUAL SE REPARTIRÁ Á LOS SEÑORES SUSCRITORES LA PORTADA É ÍNDICES CORRESPONDIENTES AL TOMO IV DE ESTA REVISTA